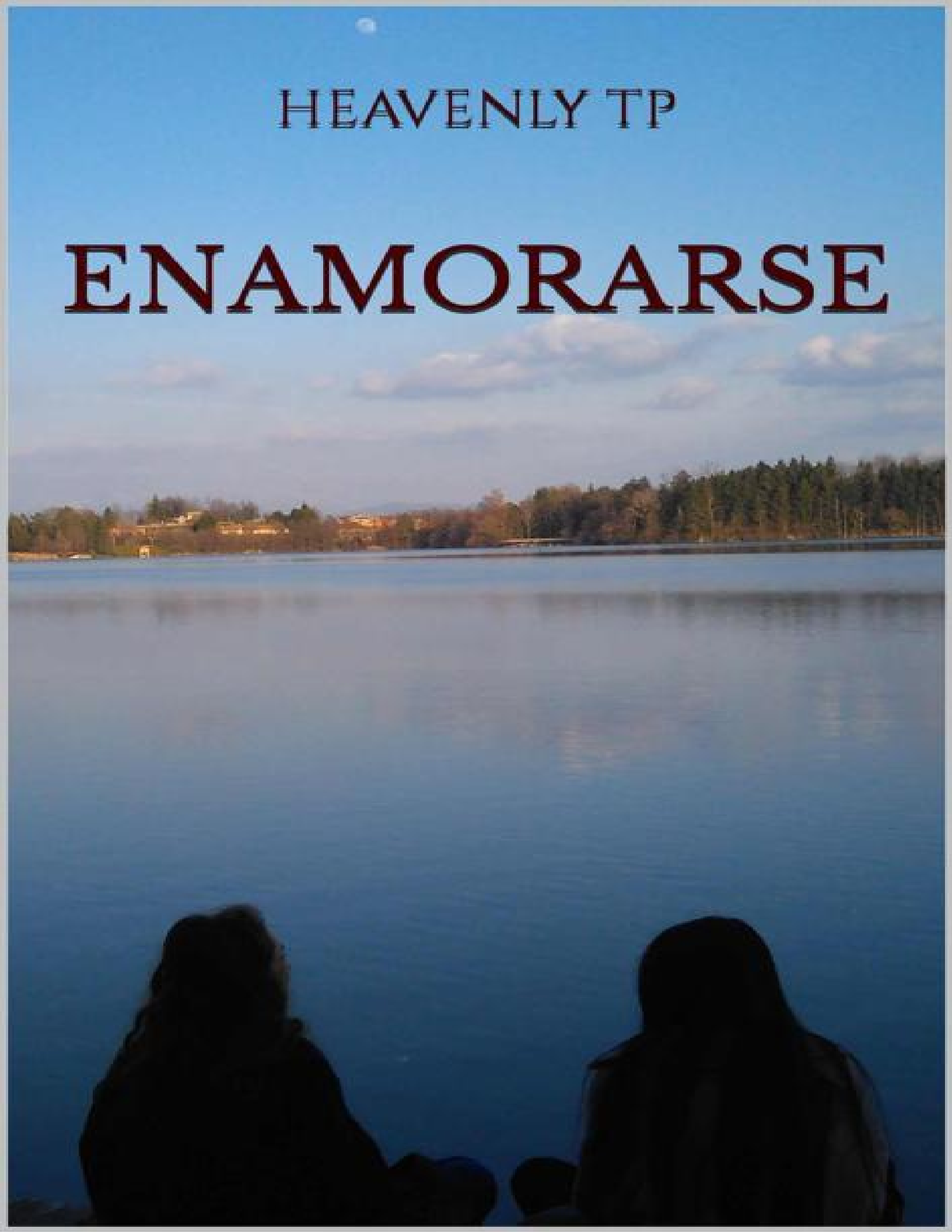


HEAVENLY TP

ENAMORARSE



Enamorarse
Heavenly TP

Título: Enamorarse
Derechos de autor © 2023 Heavenly TP

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos

NOTA DE LA AUTORA

El contenido de esta obra es ficción.
Cualquier semejanza con la realidad es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

“Cada día lo desea más mi sangre
y se me agranda de amor
y se me desbanda,
y no llego a comprender
por qué no lo he de querer
si el corazón me lo manda.”

Miguel Hernández, (1910 – 1942)

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Final](#)

Capítulo 1

Carla andaba apresuradamente hacia la parada de autobús. La lluvia le pilló de sorpresa y no llevaba paraguas. Eran las ocho de la tarde. Desconocía la hora en la que el vehículo partiría a su nuevo destino. La ciudad permanecía en penumbra. Únicamente, algunas farolas desprendían una luz sutil por la cual se vislumbraba la cortina de agua. Una lluvia afilada que te empapaba.

—Disculpa —le dijo a la chica que había sentada en el banco de la parada—, ¿Sabes si el bus que va a *Lago Rojo* ha pasado ya?

La chica levantó la vista del amplio cuaderno que reposaba sobre su regazo. Le dedicó una sonrisa cercana y negó con la cabeza.

—No pasará hasta dentro de veinte minutos.

—¿Hace muchas paradas? —inquirió a la vez que tomaba asiento al lado de la desconocida.

Carla se colocó la abultada mochila sobre las piernas e intentó retirarle los restos de agua con la mano. No llevaba mucho equipaje, lo justo y necesario. Decidió que compraría, poco a poco, lo que fuese necesitando. No deseaba viajar con un peso excesivo.

—Yo me dirijo hacia allí —le informó la chica, mirándole directamente a los ojos—, puedo avisarte cuando lleguemos.

—Te lo agradecería.

Carla se encontraba muy inquieta. Se percató de que su voz sonaba un pelín acelerada. Pero es que llevaba un día muy ajetreado. Tenía veinticuatro años. Había dejado el pueblo costero, en el cual creció, por trabajo. Cogió un tren en el cálido sur de España, el lugar luminoso que conocía y le proporcionaba seguridad, y se aventuró al frío norte de la península. No conocía a nadie allí, y tampoco estaba familiarizada con el entorno. Todo surgió de forma improvisada.

Ella trabajaba como correctora de manuscritos para una editorial por las mañanas, y por las tardes opositaba para conseguir un puesto de bibliotecaria. También colaboraba en un programa de radio. Se encargaba de recomendar obras literarias y buenas películas que las adaptaban.

Un domingo de esos largos y aburridos, en los que no hay nada mejor que hacer que navegar, tontamente, por internet, se topó con una oferta de trabajo. Era para cubrir un puesto de profesora en un centro educativo que se encontraba en un pequeño municipio del norte de España. La localidad se denominaba *Lago Rojo*.

Carla sentía que la monotonía se había instalado en su vida y hacía tiempo que pensaba que necesitaba un cambio. Por lo tanto, mandó el *currículum* sin ninguna expectativa y, para su sorpresa, la llamaron al día siguiente. El hombre que la llamó, el cual era el director del instituto dónde ella impartiría la asignatura de Literatura, le dijo que la esperaban como agua de mayo.

Poca gente estaba dispuesta a dejarlo todo para vivir una temporada en un diminuto pueblo de montaña con pocos habitantes, escasas oportunidades de ocio, y dónde nunca ocurría nada.

—He llegado hoy a la ciudad —le dijo, todavía con la respiración entrecortada, a la chica que había a su lado—, y un hombre, en la estación de tren, me ha dicho que el bus que va a *Lago Rojo* sale de esta parada. Me he perdido varias veces y he preguntado a mucha gente.

Carla rio mientras recordaba el ajeteo de las horas anteriores y de lo perdida y asustada que se sentía.

—Bueno, pero al final la has encontrado —apuntó la desconocida amistosamente.

Ambas rieron disimuladamente. Carla solía ser más prudente con las personas, pero la

aventura que estaba viviendo produjo que se tornara extrovertida.

Durante las horas que duró el viaje en tren, había hablado con multitud de desconocidos, más que en toda su corta vida. Es un fenómeno que suele ocurrir cuando una persona se encuentra sola en un lugar desconocido. Se abre al mundo porque es consciente de que necesita a los otros para subsistir.

—¿Vives en *Lago Rojo*, entonces? —le preguntó Carla con la intención de entablar conversación.

—Sí —afirmó amablemente—, me llamo Daniela, pero todos me conocen como Dani.

—Encantada, Dani —dijo la futura profesora—, mi nombre es Carla.

Dani sonrió a modo de correspondencia. Pasaba las hojas de su cuaderno lentamente y Carla echó un vistazo rápido por el rabillo del ojo. Vislumbró unas ilustraciones hechas a lápiz con una perfección impactante. El rostro de un muchacho joven ocupaba una página entera. El siguiente folio lo protagonizaba un paisaje montañoso. Los detalles de cada dibujo estaban plasmados con minuciosidad.

Se produjo un silencio entre las dos. Únicamente se escuchaba como la lluvia se estrellaba contra el techo que las cobijaba, y contra todo objeto que se interpusiese en su camino.

—¿Y qué te trae a un lugar tan apartado? —inquirió Dani mientras cerraba su cuaderno.

—He venido por trabajo —contestó—, empiezo el lunes.

—¿Dónde vas a trabajar? —preguntó con curiosidad, consciente de la escasa oferta laboral que había en el pueblo.

—En el instituto de *Lago Rojo* —respondió mientras se colocaba la melena sobre uno de sus hombros—, impartiré la asignatura de Literatura Universal.

—Suená bien.

—Tengo entendido que el instituto es bastante grande porque recoge a alumnos de varias localidades de alrededor.

—Es enorme y el director siempre está organizando actividades —dijo animadamente—, creo que te gustará.

—Eso espero.

Carla emitió un suspiro. Cada vez que pensaba en el primer día de trabajo, el estómago se le encogía y el corazón se le disparaba. Sentía una mezcla de sensaciones, el miedo y la ilusión se enredaban, que le hacían sentirse más viva que nunca. Todo se reducía a incertidumbre. Una vez leyó en una novela, no recordaba cual, que la incertidumbre era «la cosa más preciosa de la vida». Lo cierto es que a ella le incomodaba no saber qué iba a ocurrir.

El bus hizo acto de presencia. Un enorme vehículo de una tonalidad verde oscuro. Carla y Dani se pusieron en pie. La primera se percató de que había otra persona resguardada en la parada. Subieron y, nada más pagar su billete, se dieron cuenta de que todos los asientos estaban cogidos. Únicamente el que se encontraba al fondo del bus, el más amplio de todos, se hallaba libre y las dos se dirigieron allí sin pensarlo.

Se sentaron juntas y la conversación fluyó sin apenas esfuerzo. Hablaron de multitud de temas. El cine, la literatura y el arte dominaron la conversación.

—Yo siempre llevo conmigo un cuaderno en el que anoto pensamientos, palabras, ideas... —le confesó Carla—. Escribir es una especie de terapia para mí.

—Eso es, exactamente, lo que el dibujo significa en mi vida —intervino Dani—. Por una parte, me libera y me calma. No sólo dibujo lo que veo, sino lo que siento al contemplar a una persona, objeto o paisaje. Por eso mismo, algunas de mis ilustraciones transmiten optimismo, y, otras, melancolía.

—¿Y no te sucede también que el tiempo te pasa más rápido? —preguntó Carla con entusiasmo, pues empatizaba con cada palabra que su acompañante transmitía.

—Totalmente —afirmó.

Durante todo el trayecto se miraron a los ojos mientras conversaban. Pero esa vez lo hicieron de una forma más profunda e intensa. Carla sintió un extraño rubor y retiró la mirada, velozmente, un instante.

—¿Y te gustaría publicar algo tuyo? —preguntó Dani para deshacer la incomodidad que se había instalado—, ¿o escribes solo para ti misma?

—Publicar una obra mía sería un sueño cumplido, la verdad.

Carla se preguntaba por la edad que Dani tendría. Parecía un poco más joven. Quizá, unos veinte años, pensó para sí misma.

Físicamente no tenían nada que ver. Dani era delgada y alta, poseía una melena lisa del color de la miel que le llegaba hasta la cintura y unos ojos verdes que tenían forma de almendra. Vestía siempre con vaqueros negros y ajustados que casaban con sus camisetas, las cuales promocionaban sus grupos de música y cantantes favoritos: *Queen*, *Michael Jackson*, entre otros.

Carla vestía de una forma más convencional, aunque no hacía un caso excesivo al mundo de la moda. No estaba gorda, su complexión era normal, pero siempre portaba algún kilo de más. Su familia le decía que su físico era el típico de la mujer española: tez blanca, melena rizada y oscura y ojos negros y profundos.

Cuando el bus se detuvo en *Lago Rojo*, las dos se bajaron en la parada que quedaba en el centro del municipio. No era muy tarde, las nueve y diez de la noche, pero la oscuridad se cernía sobre el pueblo. Carla agradeció, para sus adentros, que allí no estuviese lloviendo.

Unas pocas farolas desperdigadas permitían dilucidar las fachadas de las viviendas y de algunos establecimientos.

—¿Dónde tienes que ir?

Carla se sacó el móvil del bolsillo y le enseñó a Dani el nombre de la calle.

—Queda cerca de aquí —dijo—, bueno, todo queda cerca de aquí. Ven que te acompañe.

—Te lo agradezco.

Las estrechas calles de tierra pálida estaban desiertas. No había ningún lugareño al que preguntarle. Carla agradeció la presencia de Dani, el hecho de haberla conocido.

Llegaron a una casa de piedra gris que parecía albergar a un personaje de algún cuento infantil. Antes de tocar el timbre, Carla se volvió para despedirse de Dani.

—Muchas gracias por todo —le dijo con sinceridad—, espero verte pronto por aquí.

—Seguro que nos vemos.

Capítulo 2

La luminosidad que se filtraba por la ventana despertó a Carla. Había dormido profundamente y notó las articulaciones resentidas. Después del nerviosismo del día anterior, su cuerpo se había rendido. Se sentó sobre la cama y estiró los brazos y las piernas a la vez que emitía un prolongado bostezo.

La noche antes, cuando tocó el timbre de la casa, la propietaria le dio una afectuosa bienvenida. Hasta le dejó la cena preparada. Era una mujer de pequeño tamaño, rechoncha, a la cual le faltaba algún diente. Se llamaba Paloma y aparentaba más años de los que en realidad tenía. Le enseñó la vivienda y como norma le impuso «no meter hombres dentro de la casa». Aquello a Carla le hizo mucha gracia. Llamó a sus padres y a su novio Marcos. A este último le advirtió de que cuando fuese a visitarla tendría que coger una habitación en el hostel del pueblo. Ambos se rieron estruendosamente.

Paloma vivía en la otra punta del municipio, su casa no quedaba muy lejos, pero pensó que Marcos podría colarse sin que se diese cuenta. La idea se le antojó divertida.

Carla se asomó por la ventana y sonrió ante el novedoso paisaje que se abría ante ella. Asemejaba una fotografía de la campiña inglesa. El campo verde parecía no tener límite fijado. Los diversos caminos de tierra, que se encontraban por todas partes, te conducían a diferentes destinos. Las casas de piedra le daban al entorno un toque pintoresco y encantador. Una imagen muy bucólica capaz de inspirar a poetas y pintores.

El estómago de Carla comenzó a rugir. Se dirigió a la nevera y comprobó que solo había una botella de cristal repleta de leche fresca. Por lo tanto, se arregló y salió en busca de un horno. Le apetecía probar algún dulce típico de la zona.

La gente con la que tropezó le daba los buenos días. Era un pueblo turístico, aunque tranquilo y nunca se saturaba, gracias al lago termal que poseía. Los lugareños estaban acostumbrados a los turistas y no se extrañaban. En algunos municipios pequeños ocurre que las personas te inspeccionan con curiosidad porque están habituadas a las mismas caras de siempre. Pero en *Lago Rojo* aquello no sucedía. Hasta había un hostel y dos hoteles de lujo.

Carla le preguntó a un hombre, que barría la hojarasca de la plaza, si había alguna panadería artesana en el pueblo. El trabajador le señaló un establecimiento que quedaba justo detrás de ella.

La chica se percató de que la plaza permanecía repleta de puestos en los que se vendían fruta y verdura fresca, y también había otros que exponían jabones, joyería y multitud de objetos artesanales. El sitio se hallaba bastante concurrido.

Carla se adentró en la panadería y, después de preguntar «quién es el último», esperó pacientemente su turno. Era sábado y había bastante gente dentro del local. La mayoría eran ancianos que, normalmente, llegaban los primeros a los sitios. Se puso de puntillas y alzó su semblante para vislumbrar los dulces que se exponían sobre el mostrador. Había multitud de bollos que brillaban de un modo exquisito. Se relamió y su estómago rugió con más fuerza.

Una mano, que se posó sobre su hombro con suavidad, la distrajo. Se dio la vuelta.

—¡Dani! —exclamó con alegría sincera.

—Este es el lugar de reunión de los sábados —dijo la chica, divertida.

—Ya veo.

—¿Qué tal has descansado?

—Anoche me morí, literalmente —respondió mientras ejecutaba un gesto gracioso con las manos.

Ambas rieron y se miraron a los ojos durante unos intensos segundos.

—Verás —dijo Dani como si quisiese comunicarle algo importante—, tengo que decirte una cosa.

Carla la contempló con curiosidad.

—Dime.

Justo en ese instante, cuando Dani entornó la boca para hablar, una señora irrumpió con brusquedad y le cogió del brazo.

—Vamos, Daniela —dijo la mujer que en realidad era su abuela—, tu padre nos espera en el coche.

La chica se dejó arrastrar por la energía imparable de la anciana y sólo logró articular un frágil «hasta luego». Carla se quedó desconcertada, pero optó por no darle demasiada importancia al asunto. Pensó que, quizá, quería su número de teléfono móvil para quedar algún día.

Cuando regresó a la casa, desayunó un café con leche caliente y un bollo jugoso y rebosante de azúcar.

Se encontraba muy a gusto en aquella acogedora construcción de piedra, aunque debía realizar un sobresfuerzo para ignorar los crucifijos que decoraban las habitaciones principales. La gente del municipio era bastante religiosa. Pero a Carla siempre le produjeron rechazo las imágenes de santos que sufrían irremediabilmente.

La casa estaba preparada con calefacción. Aunque se hallaban a principios de septiembre, el frío irrumpía en el lugar demasiado pronto.

Aquel fin de semana se dedicó a inspeccionar la localidad de *Lago Rojo* y averiguó porque se llamaba así. Había un lago termal en medio del bosque que poseía una tonalidad carmesí. Cuando te bañabas, daba la sensación de que te sumergías dentro de una taza de té. El lago se hallaba rodeado de árboles cuyos aceites naturales caían sobre el agua. Su baño generaba un efecto medicinal. Por ese mismo motivo, acudían multitud de personas para sanarse. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la sensación era maravillosa.

La futura profesora de Literatura también se enseñó el camino que tenía que recorrer cada mañana para ir al trabajo. Aquello le daba seguridad. El instituto, tal como tenía entendido, le impresionó. La fachada asemejaba una especie de castillo medieval, con aulas circulares, y el patio de recreo era un jardín enorme que permanecía repleto de árboles, arbustos y flores varias. No tenía nada que ver con los demás institutos que ella había conocido y que parecían cárceles.

Pensó en Daniela y en qué sería aquello que quería contarle. Se arrepintió de no haberle pedido su número de teléfono porque le vendría bien tener una amiga en aquel lugar tan diminuto. Alguien con quien quedar, ir a la ciudad, tomar algo, hablar y despejarse. Una persona que le ayudase a escapar de la rutina. Le pareció una chica muy interesante y lo cierto es que sintió una conexión diferente con ella. No se percató de ello hasta que aminoró el ritmo y pudo digerir todo lo que en su nueva vida estaba aconteciendo.

Capítulo 3

El lunes por la mañana, Carla notó que sus extremidades temblaban de manera sutil. Cuando llegó al edificio estudiantil, el corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Se estaba produciendo una batalla en el interior de la futura profesora. Una voz le susurraba que siguiese hacia delante y otra la tentaba para que se diese la vuelta y echase a correr. Pero fue valiente e hizo caso a la primera.

La administrativa que la recibió, una mujer menuda, extremadamente pálida, que poseía la cabeza pequeña y el cuerpo grueso, le indicó que el despacho del director se encontraba en la primera planta. Subió los peldaños a la vez que se repetía que debía tranquilizarse. Qué todo iba a salirle bien.

La puerta de la pequeña estancia estaba abierta. Un chico joven, de unos treinta y pocos años, se encontraba sentado detrás de una amplia mesa. Sus ojos contemplaban la pantalla del ordenador. El rostro desprendía seriedad y mucha concentración. Debió de intuir la presencia de Carla porque dirigió, rápidamente, su vista hacia la puerta.

—Hola —saludó la chica mientras asomaba su tímido semblante.

—Buenos días —dijo el chico con una amplia sonrisa a la vez que se ponía en pie— ¿Carla, verdad?

Ella asintió en silencio y él la invitó a entrar en el despacho. Tomaron asiento y charlaron brevemente. Averiguó que se llamaba Javier, pero que prefería que lo llamasen Javi. Llevaba tan solo dos años en el puesto de director. Lo cierto es que era un hombre muy campechano, había nacido y crecido en la localidad de *Lago Rojo*, y se sintió muy cómoda con él. Hablaron, muy rápidamente y sin profundizar, sobre pedagogía y los futuros proyectos e ideas que deseaba llevar a cabo en su instituto. Carla compartía los mismos principios educativos y la conversación se tornó muy estimulante. Ambos creían que la educación convencional le daba una importancia excesiva a la memoria y muy poca a la experiencia. Era necesario que los estudiantes experimentaran los conocimientos adquiridos para interiorizarlos mejor.

Javi poseía una apariencia desenfadada. Vestía con pantalones vaqueros desgastados y una camiseta amplia a cuadros. Lucía la barba de unos tres días, y su cuello lo adornaba con un colgante que revelaba su espíritu libre y *hippie*. Carla pensó que no parecía que ocupase un alto cargo en la institución. Parecía más bien un experto en Filosofía.

Pese a todo, la chica se dio cuenta de que el director poseía una mirada viva, despierta. Con una simple, y veloz, ojeada era capaz de percatarse de todo lo que acontecía a su alrededor. «Es como una esponja que todo lo recoge», pensó Carla.

Cuando el timbre sonó, y escucharon el bullicio que los alumnos producían por el pasillo, rieron y guardaron silencio hasta que el rumor de voces descendió.

Otra novedad que llamó la atención de Carla fue que el timbre que anunciaba el inicio de las clases, o el cambio o el fin, no resultó ser aquel sonido estridente y alarmante. Una profesora de música le propuso a Javi utilizar melodías clásicas para despertar la curiosidad de los alumnos. Algo que había funcionado muy bien, y que también influía en el estado de ánimo de los allí presentes.

—Cuando esté cada uno en su aula, te presentaré a tus alumnos.

—Qué nervios —dijo Carla de manera espontánea.

Deseaba aparentar seguridad y calma, pero aquella frase le salió disparada de la boca.

—No te preocupes, es normal —comentó el director para tranquilizarla—, pero los chavales no te darán problemas. Tienen un comportamiento muy bueno.

Carla sabía que impartiría sus lecciones a los estudiantes de segundo de bachillerato. Normalmente, en ese nivel educativo los alumnos se hallan centrados en la tarea más importante que tienen entre manos: aprobar el acceso a la universidad. No deseaban perder el tiempo en clase con tonterías.

—Bien —dijo Javi, distrayéndola de sus pensamientos— creo que es hora de que te los presente.

El frágil estado de relajación que se había apoderado de ella, durante aquella breve conversación, se esfumó de inmediato ante las palabras de su superior.

Carla le tendió una sonrisa un tanto tensa, y lo acompañó por aquellos pasillos que estaban adornados con grandes ventanales.

Javi golpeó el cristal de una puerta con los nudillos. Se adentraron. Automáticamente, multitud de ojos los observaban con atención. Frente al encerado, una mujer de mediana edad, extremadamente flaca y que vestía con prendas demasiado anchas, les dedicó una sonrisa bañada en carmín.

—Encarna, ¿te importa que pasemos unos segundos? —preguntó Javi a la profesora que asintió en silencio y se dirigió a su mesa.

—Buenos días a todos —dijo el director mientras se posicionaba delante de los estudiantes que miraban con curiosidad a Carla—, quiero presentaros a Carla que os dará la asignatura de Literatura universal.

La chica recorrió con nerviosismo aquellos rostros, pero fue incapaz de memorizarlos. Estaba demasiado inquieta. Se situó al lado de Javi y saludó con alegría a sus futuros alumnos.

—¿No quieres decirles nada? —le preguntó el director, con un tono de voz divertido, para deshacer el ambiente de timidez que se había creado.

—Qué seguro que nos llevamos bien —dijo Carla de una forma tan natural, e inocente, que todos los allí reunidos se rieron.

Cuando se despidieron, y se disponían a abandonar el aula para que siguiesen con la lección, Carla se tropezó con unos ojos verdes que reconoció al instante y que la contemplaban con interés.

Capítulo 4

Hasta que llegó la hora de impartir su primera clase, se dedicó a inspeccionar la majestuosa edificación. Había tantos pasillos, escaleras y aulas que resultaba fácil perderse allí dentro. Descubrió un laboratorio con infinidad de instrumentos para poner en práctica el método científico. También había una sala dedicada a la astronomía. Era un lugar asombroso, con un telescopio gigante, cerca de la ventana, que apuntaba al firmamento. El edificio tenía una biblioteca muy distinguida, con forma circular, que le recordó a una antigua que ella misma visitó en Dublín. Había una cafetería económica que ofrecía opciones saludables, y multitud de estancias más, con una temática diferente cada una. El instituto también poseía un gimnasio, una sala de arte y otra de música. Era una tarea imposible aburrirse allí dentro. Los alumnos se encontraban bastante estimulados. Carla pensó, mientras recorría aquellos muros colmados de historias, que le hubiese encantado formarse en una institución así. Ella no fue una buena estudiante, sus notas bordeaban el límite del aprobado, y se sintió pocas veces entusiasmada en el instituto.

El tiempo transcurrió, y el momento que Carla tanto temía finalmente cobró realidad. Se dirigió al aula, no sin antes perderse unas cuantas veces, y fingió que se encontraba tranquila.

Cuando se adentró, cada estudiante se hallaba en su pupitre. Miró a Dani una vez más y le dedicó una sonrisa amistosa. Saludó de nuevo a todos sus alumnos y les informó de los temas que darían en el primer trimestre. La primera clase siempre era informativa. Era extraño que se impartiese contenido. La voz le tembló en un principio, pero los alumnos se mostraron respetuosos y prudentes y aquello la relajó antes de lo esperado. Eran unos veinte en total y les pidió que fuesen presentándose uno a uno.

Carla estaba deseando que el foco de atención se desplazase a otro lugar.

—Me llamo Daniela —dijo la chica cuando le tocó su turno y se puso en pie—, Dani para los amigos. Tengo diecisiete años y me encanta dibujar.

—¿Pretendes estudiar bellas artes, entonces? —inquirió Carla con interés sincero.

—No sé si quiero ir a la universidad, la verdad —confesó.

A la profesora le extrañó aquella declaración.

—¿Cuáles son tus opciones?

—Me gusta aprender de manera autodidacta —dijo con naturalidad.

—Pero en la carrera tendrás maestros que te ayudarán a desarrollar tu potencial.

Carla no se dio cuenta de que únicamente a Dani le había hecho tantas preguntas. Con el resto se dedicó a formular interrogantes rutinarios. Como si la chica le despertase un tipo de interés especial.

—No quiero sentirme coaccionada —respondió—, pero puede que lo intente de todas formas.

Se miraron durante unos segundos. Igualmente intensos. De la misma forma que lo hicieron en el autobús o cuando se encontraron dentro de la panadería. Como si sus ojos se comunicaran de una manera que con las palabras resultaba imposible. Sonó el timbre y, una canción conocida por todos, las devolvió a la realidad. Carla retiró la mirada con velocidad y se despidió de sus estudiantes. Era la última hora lectiva y todos se iban a casa a descansar. La profesora se dirigió al escritorio para recoger sus cosas.

En el ambiente reinaba el silencio e imaginó que se había quedado sola.

—El otro día cuando te vi en el horno... —dijo Dani, sobresaltándola.

—Pensé que te habías ido con el resto —comentó mientras levantaba la vista de los folios que había sobre la mesa.

La alumna se dirigió hacia donde ella estaba y el corazón de Carla se descontroló de nuevo. Como si el cuerpo de Dani poseyese una especie de corriente eléctrica que la traspasaba y la hacía vibrar. La estudiante era más alta que ella. Le pasaba media cabeza.

—Perdona por el susto —se disculpó con una sonrisa amable.

—Verás... —le comentó Carla que intentaba aparentar serenidad—, tendrías que haberme dicho en el autobús que ibas a ser mi alumna. Me abrí demasiado contigo.

—Aquello era lo que pretendí decirte en la panadería —le contó Dani con honestidad—. En el bus estábamos tan a gusto hablando que temí que te cohibieses conmigo si averiguabas que iba a ser tu alumna.

—Entiendo —dijo Carla que se había cruzado de brazos en aquel momento para fingir autoridad—, me pareció que tenías más edad y no te pregunté por tus estudios porque di por hecho que ibas a la facultad de bellas artes. Eran tan buenos tus dibujos.

—Disculpa, de verdad.

—No te preocupes, Daniela —dijo la profesora que de inmediato se descruzó de brazos y le dedicó una sonrisa amable.

No quería enemistarse con ningún alumno.

—Llámame Dani...

Dani se acercó, lentamente, a su profesora. Carla se encontraba apoyada en la mesa, y el mueble le impedía caminar hacia atrás. Notó como el borde del mismo le presionaba la parte superior de su trasero.

La respiración de ambas se encontraba agitada, pero la de Carla era más visible. El pecho se alzaba y bajaba con rapidez. Dani se puso frente a ella, acercó su boca a la de Carla y, sin meditarlo, la besó con ternura. El aliento cálido, los labios tiernos, húmedos y suaves, hicieron que las dos perdiesen la noción del tiempo y el espacio. Como si hubiesen trascendido a una dimensión paralela y desconocida.

Unos pasos firmes, que se escucharon cerca, las devolvieron a la realidad y Carla situó las manos sobre los hombros de Dani y la distanció velozmente.

Capítulo 5

«Menos mal que los alumnos no iban a darme problemas». Aquello era lo que pensó Carla, una y otra vez, cuando llegó a su casa y asimiló lo ocurrido. ¿Por qué no le paró los pies de inmediato? ¿Por qué se dejó llevar de esa forma? ¿Pero qué puñetas le había ocurrido? Todas estas cuestiones daban vueltas, sin descanso, dentro de su cráneo.

Si no llega a ser por las pisadas de Javi, que hizo acto de presencia al momento para preguntarle por su primer día, Carla no estaba segura de lo que hubiese podido ocurrir. Prefirió creer, más bien le convenía creer, que habría sido capaz de frenar a Dani.

En ese preciso instante, se encontraba dentro de la bañera. Se había preparado un baño con espuma que desprendía un relajante aroma a lavanda. Encendió unas velas, redondas y de pequeño tamaño, que halló en un cajón de la cocina y las esparció por todo el cuarto de baño justo antes de apagar la luz. Un ambiente reconfortante era lo que necesitaba en aquel momento. Ese ritual era siempre un acierto. Conseguía calmarle los nervios y renovaba su ánimo. Cuando los pensamientos se descontrolan, resulta complicado encontrar una solución lógica a los problemas. Tenía que tranquilizarse para pensar con claridad. Por este mismo motivo, se le ocurrió darse un baño caliente de espuma.

Se recostó cómodamente, pero no conseguía quitarse a Dani de la cabeza. El beso, su aliento y los labios, que eran suaves y dulces como unas natillas caseras, resurgían de su memoria, sin permiso y de manera repetitiva.

Sintió que se excitaba y, de forma inconsciente, empezó a acariciarse los senos con suavidad. Eran sedosos, agradables al tacto. El agua los alzaba y los presionó con sus manos. Cuando se percató de su ardiente estado, decidió no darle demasiada importancia. No se reprimiría. En su fuero interno, deseaba dejarse llevar. Se pellizcó los pezones, los notó extremadamente sensibles, y emitió un gemido. Deslizó su mano derecha por todo su vientre hasta situarla sobre su zona íntima. Se rozó con delicadeza. Primero con el dedo índice, después añadió el dedo corazón. La excitación fue en aumento y la lentitud, con la que se tocaba al principio, culminó con un frenético movimiento de caderas y con un satisfactorio, y extenuante, orgasmo.

Aquella noche concilió el sueño sin ningún tipo de problema, pero a la mañana siguiente le asaltaron las dudas y el remordimiento. «Esto no está bien», se repetía a sí misma una y otra vez. «Dani es mi alumna y, además, es menor de edad. Todavía no ha cumplido los dieciocho años, aunque le queden unos pocos meses». Todo lo que se decía iba en la misma dirección.

Creía que su comportamiento era reprochable porque sentía atracción, aunque lo negase infinitamente, por una chica de diecisiete años que, además, resultaba que era su alumna.

Carla se había masturbado en muy pocas ocasiones, y con Marcos únicamente llegaba al orgasmo cuando la tocaba, pero nunca al penetrarla. Era la primera vez que se estimulaba pensando en un momento vivido con alguien concreto.

Su cabeza era como una lavadora centrifugando. Hacía tanto ruido que no era capaz de percatarse de lo que sucedía a su alrededor. El remolino de pensamientos llegó a marearla.

En aquel estado, de revuelo y confusión, acudió al instituto en su segundo día de trabajo. Se dirigió antes de lo previsto porque quería conversar con su alumna a solas.

Había ensayado lo que le iba a decir a Dani cuando se la encontrase. Deseaba dejarle las

cosas claras. La estudiante tenía que realizar un esfuerzo y verla como lo que verdaderamente era: su profesora. No podía ocurrir ningún tipo de relación romántica entre ellas.

Cuando giró el recodo que la conducía a la institución estudiantil, vio que su alumna esperaba, con la espalda apoyada en la verja que rodeaba el terreno.

Respiró porque la zona se encontraba desierta. Quizá dentro estuviese el director o algún trabajador, pero en el exterior no había nadie.

Se sintió un poco vulnerable y no estaba segura de que pudiera mostrarse con la firmeza que pretendía.

—Hola —le saludó Dani mientras se aproximaba a ella—, ¿cómo estás?

—Bastante nerviosa, la verdad —respondió honestamente.

Carla quería que la estudiante se diese cuenta del alboroto que había causado en su interior.

—Quería pedirte disculpas, por eso he venido antes... —dijo Dani a la vez que la miraba con aquella profundidad que la traspasaba—, lo cierto es que no sé qué me ocurrió. Puedo asegurarte que no es algo propio de mí.

Daniela se había pasado la noche tendida en la cama, contemplando las grietas del techo de su habitación. Concilió el sueño bastante entrada la madrugada. No sabía el por qué había actuado de aquella manera. Fue un acto impulsivo, aunque deseado y verdadero.

—Lo último que quiero es incomodarte —añadió para deshacer el silencio tenso que se había instalado.

—No puede volver a repetirse —dijo Carla con toda la dureza que fue capaz de aparentar—, me puedo meter en un buen lío.

—No ocurrirá de nuevo —le aseguró mientras intentaba hallar el perdón en su mirada.

A Carla le costó contemplarla a los ojos porque la percibía tan preciosa que aquello le incomodaba. Dani tenía una belleza natural que inmovilizaba.

La profesora pasó por su lado y, sin despedirse, se introdujo dentro del recinto.

—Carla —musitó a sus espaldas.

La chica se giró un instante, pero antes miró alrededor para cerciorarse de que nadie podía escucharlas.

—De todas formas, quiero que sepas que no me arrepiento.

Carla desvió su rostro hacia delante y siguió su camino. Aquella frase era lo que necesitaba para que el pulso se le descompensara de nuevo. «¿Qué pretende?», se preguntó a sí misma a la vez que se dirigía a la sala de profesores. Sus palabras fueron como un punzón que le perforaba el estómago. Se introdujo en la estancia. No había nadie todavía. Ella había sido la más madrugadora, algo típico entre los novatos.

Aquel día impartió la lección que preparó la tarde anterior. La preparó atropelladamente, con la cabeza en otra parte por lo que había vivido. Pero lo cierto es que se mentalizó de forma concienzuda y salió bastante airoso de su primera clase oficial como profesora de Literatura. A pesar de los pesares, fue capaz de meterse de lleno en su rol.

Transcurrieron los días y, después, las semanas. No aconteció nada fuera de lo común. Carla evitaba el contacto visual con Dani, y la estudiante no volvió a acercarse a ella de aquella forma.

Cuando la profesora no daba clase, se sumergía en la corrección de manuscritos para la editorial, y por las tardes se encerraba en su casa, o en la diminuta sala de estudio de la biblioteca del pueblo, y preparaba su oposición con una concentración máxima y envidiable.

Había decidido pasar por alto aquel incidente, y ella creía que lo estaba logrando. Obviaba que cada vez que atisbaba la figura de Dani a lo lejos, o la sorprendía mirándola, sus síntomas físicos le indicaban que aquella chica le provocaba algo que nunca antes había sentido.

Ambas se dedicaron a ignorarse, pero una parte de ellas permanecía en alerta, atenta a los movimientos de la otra.

Muchos fines de semana Carla se dirigía a su pueblo y quedaba con su familia, con sus amigos y con Marcos. A nadie le contó el asunto que la atormentaba tanto, pero todo aquel con el que tropezaba la veía diferente. Le decían que la percibían más madura, más mujer. «Puede que haya sido el cambio de vida», respondía la profesora, quitándole importancia a los comentarios.

Un viernes de finales de septiembre en el que se disponía a coger el autobús, empezó a llover enérgicamente y tuvo que quedarse en el pueblo. Pensaba aprovechar las circunstancias para darle un empujón a la oposición. Se rumoreaba que el examen podía ser el verano siguiente. Durante el mes de junio, quizá.

El sábado salió el sol y, extrañamente, subieron un poco las temperaturas, aunque el frío dominaba en el exterior. Carla todavía no conocía el lago rojo que le daba nombre al pueblo. Por lo tanto, decidió ponerse la ropa de deporte e ir a verlo.

Se preparó un bocadillo y lo metió, junto con una botella pequeña de agua, dentro de su mochila. Se disponía a disfrutar de una excursión improvisada.

Durante el trayecto, saludó a algunos lugareños, la mayoría de edad avanzada, que paseaban por los diferentes senderos junto a sus perros.

El sol se introducía por entre las ramas de los árboles, y acentuaba el color cobrizo de las hojas secas. El pigmento característico del otoño. Una estación melancólica que se había instalado en *Lago Rojo*.

En un tramo del camino, en el que se encontraba sola, se detuvo un instante para atarse el cordón de la deportiva.

Un perro grande, con la nariz rosada y el pelaje de una tonalidad canela, irrumpió y empezó a lamerle la cara. Carla perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. El animal jugaba con ella y a la profesora le entró la risa.

Una sombra cubrió los rayos de sol que le acariciaban el rostro, y dirigió su mirada hacia ella.

—Buenos días —saludó Dani.

Capítulo 6

—Oye, *Luna* —dijo Dani.

La chica emitió un peculiar silbido que la perra captó al instante. El animal acudió, obedientemente, a la llamada de su dueña.

—Disculpa, es una mimosa —comentó mientras le acariciaba la cabeza con cariño.

—No te preocupes —dijo Carla a la vez que se incorporaba.

La profesora intentaba deshacerse de la tierra húmeda que se había adherido a su pantalón.

Cuando finalizó la tarea, se armó de valor y posó sus ojos sobre los de Dani. La chica sonreía. Una sonrisa amable que mostraba, la mayor parte del tiempo, con facilidad. Carla le correspondió, pero en su gesto se intuía prudencia.

Luna estaba contenta. Respiraba de forma acelerada, con la lengua larga y rosada que le colgaba de un lado de la boca. El animal comenzó a frotarse, barriga arriba, sobre el suelo.

—¡*Luna*! —exclamó Dani a la vez que reía—, ¡te vas a ensuciar toda y luego no querrás que te lave!

Carla rio espontáneamente mientras contemplaba la escena. La estudiante la miró y negó con la cabeza.

—Creo que le ha gustado conocerte.

—A mí también me ha gustado conocerla —dijo a la vez que se aproximaba para acariciarla.

En ese momento, Carla y Dani se encontraban muy cerca la una de la otra. La profesora pudo inhalar el aroma a manzana que desprendía el cabello de su alumna.

—¿Ibas a algún sitio en concreto? —preguntó Dani.

—Quiero ver el lago rojo —respondió.

—¿No lo conoces todavía?

La chica negó con la cabeza.

—¿Sabes cómo ir?

—Un hombre me lo ha indicado —contestó—, parece fácil. Creo que no me perderé.

Ambas rieron y Carla deseó, con todas sus fuerzas, que Dani no se despidiese de ella y se esfumara sin más. Le agradaba su presencia, se sentía a gusto con ella. Animada y, al mismo tiempo, en paz.

—Puedo acompañarte si quieres —le ofreció la estudiante cautelosamente.

Carla sonrió de manera automática. Se sintió incapaz de reprimir la alegría que inundó su rostro. Notó que se ruborizaba una pizca, se miró los pies para disimular el sonrojo, y le indicó, con un movimiento de cabeza, que la propuesta le parecía buena idea. Quería recorrer el sendero junto a Dani.

—¿Te estás adaptando bien? —inquirió la estudiante cuando iniciaron la marcha.

—La gente del pueblo es muy amable, la verdad —aseguró con sinceridad—, me lo ponen todo muy fácil.

Recorrieron aquel camino custodiado por árboles, y ambas experimentaron la misma maravillosa sensación. Era como si hubiese algo invisible que las unía. Como si de alguna manera, que desconocían, formasen parte la una de la otra. Dos piezas de un puzle que encajaba con armonía.

Hablaron sobre multitud de temas al igual que la primera vez que se vieron. Carla averiguó que a Dani le apasionaba la fotografía nocturna y que poseía predilección por nuestro satélite. Aquello explicaba el nombre que le había puesto a su perra. La estudiante había hecho múltiples fotos de la Luna en sus diferentes fases y la profesora se interesó por verlas.

—Lo suyo sería quedar una noche y que tú misma la fotografieras —le propuso Dani—, te puedo asegurar que engancha.

Dani atisbó incomodidad en la postura de Carla que guardaba silencio.

—Pero si no quieres, te puedo llevar mis fotos a clase —añadió para que su acompañante no se sintiera molesta.

Carla tenía la sensación de que Dani poseía más edad, pues elaboraba razonamientos muy maduros. La contemplaba mientras hablaba y admiró su forma de pensar y expresarse.

Corrieron con *Luna* en el último tramo y las dos se quedaron paralizadas cuando vieron el amplio lago que se abría ante ellas. Parecía un espejo que reflejaba la silueta de los árboles que lo rodeaban.

—Es precioso —susurró Carla.

—Yo lo tengo muy visto y todavía me sigue impactando.

—No creo que exista un artista capaz de plasmar tanta belleza —declaró la profesora que no podía apartar la vista del paisaje.

—Yo lo he intentado —le confesó Dani.

—Pues me encantaría ver el dibujo.

—¿Te apetece un bañito? —le propuso Dani mientras alzaba ambas cejas.

La estudiante pretendía cambiar el tema de conversación.

—¿No estará muy fría? —inquirió Carla ante su desconocimiento—, ayer llovió mucho.

Justo en ese instante, un hombre y una mujer, de edad avanzada, salían con cuidado del agua. Parecían extranjeros.

—Es un lago termal y su agua se mantiene caliente durante todo el año.

El matrimonio pasó por delante de las chicas, ambos iban envueltos con una amplia y gruesa toalla. El saludo que les dedicaron, cuando se disponían a abandonar el lugar, reveló un acento que no pertenecía a ninguna parte de España.

Se quedaron a solas y Carla empezó a acariciarse los brazos debido a la timidez, y los nervios, que sentía.

Dani se quitó la ropa que llevaba sin meditarlo dos veces. Se liberó, con facilidad, de las mallas ajustadas y de la sudadera blanca. Dejó las prendas amontonadas sobre una roca.

Carla contempló su cuerpo desnudo. Lucía la ropa interior de una tonalidad azul celeste que resaltaba su piel suave. Una piel que asemejaba la textura aterciopelada del melocotón. Tenía una delgadez bien definida. El corazón empezó a latirle de nuevo, fuertemente, y recordó el día que se besaron y la noche que se excitó mientras pensaba en ese beso inesperado.

En ese momento, la profesora tuvo que disimular para que la mandíbula no se le cayese hasta el suelo.

—Creo que no es una buena idea...

Dani no hizo caso de su comentario y se sumergió de golpe. Se lanzó desde la plataforma de madera que se hallaba en aquella parte del lago.

—¡Venga, métete! —exclamó divertida cuando su cabeza emergió de nuevo—, el agua está buenísima. Te va a venir genial.

Lo cierto es que parecía que Dani estuviese flotando en un cuenco gigante repleto de té rojo. Las tonalidades del paisaje casaban perfectamente. El azul del cielo brillaba y alguna nube,

blanca y despistada, transitaba por él. Las hojas de los árboles combinaban el verde y el cobre otoñal, y las aguas color carmesí dominaban el escenario por su particularidad.

Luna se hizo un rollo sobre la ropa de su dueña. Carla contempló al animal y dudó a cuál de las dos imitar.

Finalmente, se desnudó a cámara lenta, con cierto pudor. Notó como las palmas de sus manos emanaban sudor. Y es que la joven llevaba demasiado tiempo disimulando y era natural que se produjesen fugas por algunas partes de su cuerpo que no controlaba.

Dani nadaba de un extremo al otro del lago. Emergió de nuevo sobre la plataforma de madera para lanzarse al agua de cabeza. Carla pensó que no paraba quieta.

La profesora se sumergió poco a poco como si la temperatura estuviese fría. Lo cierto es que la sensación era muy agradable, pero ella era prudente para todo.

Una vez dentro del lago agradeció el delicioso contraste entre el frío del exterior, que acariciaba su rostro, y la calidez del agua. Se deslizó con soltura. Era como bañarse en una infusión de frutos del bosque.

—¿Qué tal? —preguntó la estudiante, con una sonrisa resplandeciente, a la vez que nadaba en su dirección.

Carla se quedó inmóvil. Contempló el cielo un instante. Las ramas de los árboles plasmaban su silueta sobre el firmamento azul.

Ambas escucharon los ronquidos de *Luna* y se rieron abiertamente. Se hallaban la una frente a la otra y un silencio sobrecogedor se apoderó del lugar. Únicamente, percibían los sonidos que el animal emitía al dormir y el alegre canto de las aves en la lejanía.

La corriente eléctrica que se formaba entre las dos provocó que se acercaran mutuamente. Era una especie de acto impulsivo. El raciocinio no tenía cabida en ese momento. Parecía algo que estaba fuera de su propio control. Como si fuesen marionetas y una fuerza superior las manejase con unos hilos invisibles.

Carla tomó la iniciativa. Sostuvo, delicadamente, el rostro de Dani entre sus manos y la besó con ternura. La sangre que circulaba por sus venas se convirtió en lava, y la ternura dio paso al deseo desenfrenado. Se besaban apasionadamente, y sus manos se encontraron para entrelazarse con brío. Todo surgió con una asombrosa naturalidad. Nada importaba. La atracción que había nacido entre Carla y Dani las dominaba. Nada ni nadie podía frenarla. Era una tarea imposible e inútil de llevar a cabo. Como si alguien tratase de detener un tren con la palma de la mano.

La profesora había intentado reprimir lo que sentía. Pero cuando contenemos las emociones, somos incapaces de aguantar un largo periodo de tiempo. Ese autocontrol es como una presa de agua que has estado almacenando. En cuanto te descuidas, lo que has retenido se fuga de golpe.

«Si Dios existe, por favor, que pulse un botón para que el tiempo se paralice», pensó Carla a la vez que exploraba la boca de Dani. Pero las preocupaciones que acecharon a la profesora, días atrás, emergieron en su cabeza repentinamente. De la misma forma que las nubes negras estropean un bonito día soleado. Se separó de Dani con rapidez. La chica la contempló de manera desconcertada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aunque era capaz de adivinar sus pensamientos.

—Esto no está bien... —musitó Carla.

La profesora de Literatura se distanció un poco más de su alumna y negó con la cabeza. Tenía la mirada gacha. Contempló su cuerpo bajo el agua y como aquel líquido rojo lo deformaba.

—No estamos haciendo nada malo —dijo Dani con convicción.

—Eres menor —comentó Carla a la vez que la miraba directamente a los ojos. Su voz manifestaba las preocupaciones que le acechaban—. Además, soy tu profesora. Nuestra relación está prohibida y puede traerme muchos problemas.

—El amor es libre.

Se produjo un silencio. Ninguna de las dos era capaz de percibir los armoniosos sonidos de la naturaleza. Únicamente, oían sus pensamientos que transitaban, por sus cabezas, acelerados uno detrás de otro.

Carla se dio la vuelta. Sintió como si una cuerda le apretase la garganta. Se disponía a salir del agua porque temió que el nudo se deshiciera y las lágrimas, que contenía con tanto empeño, inundasen sus mejillas.

—Es tan absurdo e injusto —dijo Dani a sus espaldas y a Carla le pareció que su voz sonó entrecortada—. En febrero cumpliré los dieciocho años. Entonces, ¿lo nuestro ya no será un problema?

Carla se dio la vuelta antes de contestarle.

—Lo seguirá siendo porque soy tu profesora.

Sus palabras sonaron frías, más de lo que a ella le hubiese gustado. Como cubitos de hielo que se desprenden del cielo.

—Mírame a los ojos y dime que no sientes lo mismo que yo.

Carla guardó silencio, aunque soportó la mirada de Dani. Nunca antes había experimentado una sensación de semejante magnitud y no sabía que nombre ponerle.

Ella siempre necesitó establecer un vínculo con un chico para besarse con él o mantener una relación sexual. Cuando se iba a las discotecas y observaba como las personas se liaban, sin apenas interactuar los unos con los otros, le causaba cierto rechazo. Creía que era un acto animal e irracional y que se dejaban llevar por sus instintos primarios. Y puede que estuviera en lo cierto. Pero estaba convencida de que a ella no le pasaría nunca algo así.

De la misma forma, se hallaba segura de lo que se sentía cuando besabas a alguien a quién querías. Pero es que el fuego que se encendía dentro de ella cuando besaba a Dani, nunca prendió al besarse con los dos únicos novios que había tenido a lo largo de su vida. Con ellos era algo totalmente diferente. A veces, quizá, mecánico. Pero se convenció a sí misma de que las cosas eran así.

Quizá, la pasión que veía en sus películas románticas preferidas, sencillamente, era producto de la ficción, pero poco tenía que ver con la realidad. Aquello lo pensaba hasta que apareció Dani en su vida.

Aquella chica de diecisiete años, inteligente y creativa, sacudió sus esquemas establecidos, al igual que un tornado derrumba las construcciones que se encuentra a su paso.

Carla abandonó el lugar sin dedicarle ninguna palabra a Dani.

Capítulo 7

Carla caminaba de regreso a casa. No era capaz de disfrutar de los paisajes como antes lo había hecho. Pensaba en Dani y, cada vez que rememoraba sus besos, algo pellizcaba su estómago, retorciéndolo. No se había despedido de ella. No encontró las palabras adecuadas. Ni se creía con el derecho de ponerle cordura a todo aquel asunto. Porque Carla había sido la primera en dejarse llevar y no resolvió las circunstancias con madurez. Aquello era lo que se reprochaba a sí misma una y otra vez. Le había puesto unos límites a Dani que ella había cruzado en cuanto se le presentó la ocasión.

«Mi comportamiento no tiene sentido. No sé qué me pasa. Ni qué es lo que me ha pasado en el lago. ¿Por qué he actuado de esa forma? Ya no soy una adolescente», pensaba.

Carla no quería hacerle daño. Tenían, nuevamente, una conversación pendiente. Notó que su cabeza era un hervidero de pensamientos incoherentes. Cada milésima de segundo cambiaba de opinión. De un momento a otro, lo que le parecía natural e inocente se volvía peligroso.

—¡Ey!

Una voz de hombre provocó que dejase de mirarse los pies. Los ojos casi se le escaparon de las órbitas. Era Marcos. Se hallaba tan sumergida en sus reflexiones interiores que no recordó que estaba mojada ni el frío exterior le molestó.

—¡Estás empapada! —exclamó el chico que esperaba en la puerta de la casa de piedra.

Se aproximó hacia donde estaba ella, que se había quedado inmovilizada, y le plantó un casto beso en los labios.

—Pero, bueno —comentó con desconcierto, aunque empleó un tono burlón—, di algo, ¿no?

—Disculpa —logró articular la profesora mientras negaba con la cabeza. Se llevó un instante las manos a la cara. Le costaba aterrizar en la realidad—. No te esperaba. Ha sido una sorpresa.

—No sé si muy grata —comentó, riéndose.

Carla sonrió para tranquilizarle. Reaccionó y le devolvió el beso. No optó por abrazarlo porque no quería impregnarle la ropa de agua. Pero lo cierto es que los abrazos de Marcos le reconfortaban. Eran familiares, cálidos y protectores. «Quizá, los abrazos de un buen amigo», pensó mientras se distanciaba de él.

—¿Y esta sorpresa? —preguntó a la vez que se frotaba los brazos. Empezaba a notar los efectos de las bajas temperaturas.

—Si Mahoma no va a la montaña...

Ella rio mientras negaba con la cabeza. Él era así. No se tomaba nada en serio. Siempre hacía un chiste de todo.

—Vayamos dentro. Estoy congelada.

—¿Y la casera? —inquirió—, había pensado en coger una habitación.

—No te preocupes por ella —dijo al abrir la puerta—, apenas se pasa por aquí.

—¿Y cómo es que vas tan mojada? —preguntó cuando se adentraron en la cálida vivienda.

—Me he dado un baño en el lago.

—¿Con este frío?

—Es agua termal —le informó mientras se dirigían a la habitación.

—Ah —musitó—, bueno, podrías haberte llevado una toalla.

—Lo cierto es que ha sido pensar y hacer.

Marcos dejó su equipaje sobre el suelo de la estancia y apoyó sus manos alrededor de la cintura de Carla.

—Vaya, vaya... —susurró sensualmente—, conmigo nunca sacas ese lado tan espontáneo.

La chica se deshizo de las manos de su novio con delicadeza y en el rostro de Marcos se vislumbró la palabra decepción.

—Necesito darme una ducha caliente —dijo—. Ya sabes, como si estuvieras en tu casa.

—Pues no hace tanto frío en este pueblo como me dijiste —dijo el chico mientras Carla cogía ropa del armario y una toalla—. Eso sí, no es fácil llegar hasta aquí. Menuda aventura he vivido.

Carla le enseñó su vivienda rápidamente, antes de introducirse en el cuarto de baño, y al chico le pareció encantadora. Muy bonita y acogedora.

Hicieron planes para el fin de semana. Hablaron sobre dar un paseo y comer en algún restaurante para que Marcos probase la comida típica de la localidad. Pero el cielo se oscureció, las nubes grises se amontonaron, y la lluvia descendió de nuevo. Primero con timidez. Posteriormente, con una fuerza desmesurada.

—Esta lluvia da miedo —dijo Marcos que miraba por la ventana.

—Nosotros no estamos acostumbrados a un clima así.

—Los relámpagos son escalofriantes...

—A mí los truenos me lo parecen más.

Se dedicaron a cocinar juntos. Elaboraron los platos principales y también el postre. No había nada mejor que hacer. Vieron dos películas que emitían por televisión y finalizaron el día con un cuenco repleto de palomitas con chocolate.

—Te noto decaída, Carla —le dijo Marcos que se encontraba sentado junto a ella en el sofá.

Ambos miraban el televisor a la vez que introducían las manos en el bol.

—Es posible —confirmó ella y esbozó una sonrisa que no disimuló la pesadumbre que sentía.

Carla era consciente de que aquel gesto reveló su estado de ánimo. Fue una expresión triste. Más de lo que le hubiese gustado. No quería preocuparle ni ahondar en el tema. Pero nunca había sido buena actriz.

—¿Qué te ocurre? —inquirió con esa calidez característica de los amigos. Una calidez que te incitaba a despojarte de las preocupaciones—. ¿Has tenido algún problema en el trabajo?

—No, de verdad —le aseguró a la vez que lo miraba directamente—, allí me tratan muy bien. Lo cierto es que la gente del pueblo es muy amable.

—Y extremadamente religiosa —apuntó mientras señalaba con la cabeza una cruz que descansaba encima del televisor.

Ambos rieron abiertamente. Él había hecho aquel comentario con la intención de provocarle una sonrisa verdadera a su novia.

—Eso también...

Carla contempló el perfil de Marcos. Lo cierto es que, a sus ojos, era muy guapo. La tenue luz que emanaba de una lámpara de mesa acentuaba sus facciones. Tenía unos ojos azules que permanecían adornados por unas largas pestañas. Unas pestañas negras que parecían abanicos. El pelo lo tenía rizado y muy abundante, y su cuerpo revelaba las duras jornadas de ejercicio físico. Además, era responsable y divertido. El novio que toda chica querría. Y, hasta hace muy poco tiempo, ella creía que era afortunada de tenerlo como tal.

—¿Qué miras? —inquirió mientras la miraba de reojo, algo mosqueado y con la boca llena

de palomitas.

—Quiero que sepas que te quiero un montón —dijo.

Carla se sentía mal por lo que había ocurrido durante la mañana.

Quería contárselo todo. Sentía un vómito de palabras que ascendían y descendían por toda su tráquea.

—Y yo también, Carla.

Acto seguido, apretujó el muslo de su novia con cariño. «¿Por qué con él no sentía esa especie de corriente eléctrica? Era tan frustrante. Sería todo mucho más fácil», pensaba.

Marcos no intentó hacer el amor con ella aquella noche porque intuía que no era el momento. La percibía desanimada por algún motivo que no quería compartir, y él la respetó.

Se acostaron en la cama dónde solía dormir Carla porque era de matrimonio y cabían los dos. Marcos le acarició el cabello y la espalda hasta que el sueño le venció y se quedó dormido. Ella se deshizo de su brazo y cogió el móvil que descansaba en la mesa de noche. Se conectó a internet y buscó la pregunta que no paraba de taladrarle la cabeza: «¿Cómo puedo confirmar que soy lesbiana?»

Le salieron multitud de enlaces que le conducían a páginas webs diferentes. Encontró testimonios, test y hasta un artículo religioso que aseguraba que la homosexualidad era un trastorno mental y que tenía cura. Toda aquella información le mareó más de lo que estaba y cerró todas las páginas que tenía abiertas de un plumazo.

Dio unas cuantas vueltas en la cama. Se levantó y se preparó una infusión de camomila. Se acostó de nuevo e intentó centrarse en el sonido que producía la lluvia cuando golpeaba el cristal de la ventana. Nada. Eran las tres de la madrugada y no había cogido el sueño.

Se dirigió al sofá y los momentos vividos aquella mañana en el lago se agolparon en su cabeza. Se excitó. Se excitó tanto que sintió, nuevamente, la necesidad de tocarse. Primero, por encima de la ropa interior, con timidez, y luego rozó su clítoris suavemente. Sus caderas se movieron cada vez más rápido, formando círculos. Se sujetó un pecho con la mano que le quedaba libre. Emitió un grito de placer. Un placer que nunca antes había sentido. Se deshizo en mil pedazos y, finalmente, se durmió.

Capítulo 8

Unos golpes despertaron a Carla que dormía profundamente. Cuando sus sentidos se avivaron un poco, se percató de que alguien estaba tocando la puerta. Se incorporó, precipitadamente, y descorrió la cortina que tapaba la ventana. No había mirilla en la puerta y, antes de abrir, prefirió averiguar quién era. Se trataba de Dani. La chica esperaba frente a la entrada de la casa con un folio doblado entre las manos. Se retiró del cristal con velocidad. Sintió como el pulso se le aceleraba de nuevo. Sus rodillas se debilitaron. Miró alrededor en un estado de alarma. Como si en la estancia se encontrase la solución a todos sus problemas.

—¿Quién es? —preguntó Marcos, que acababa de hacer acto de presencia, a la vez que se frotaba el semblante soñoliento.

El chico lucía el pelo alborotado y el chándal, que usó para dormir, permanecía inundado de arrugas.

—Ni idea —respondió de manera automática—, aún no he abierto.

Marcos se dirigió a la puerta con la intención de abrirla, y Carla no se atrevió a detenerle. Solo acertó a situarse detrás de él.

—Hola —saludó el chico cuando vio a Dani—, ¿Querías algo?

—Se me olvidó darle mi redacción a Carla —dijo con absoluta naturalidad. Si la presencia del chico le había alterado de algún modo, lo disimulaba de forma envidiable.

La profesora se desplazó unos pasos hacia delante. Los ojos de Dani eran hipnotizadores. Como dos imanes verdes, y luminosos, que ejercían su poder magnético sobre ella.

—Gracias, Dani —respondió Carla mientras alargaba la mano para coger el folio. Su actitud distante no casaba con la expresión de su rostro.

Los dedos de ambas se rozaron unos segundos. Tanto Carla como Daniela memorizaron al detalle aquel fugaz contacto. La corriente eléctrica se introdujo dentro de sus cuerpos a través de las yemas de sus dedos. Las dos notaban unas vibraciones interiores demasiado intensas.

La profesora de Literatura temió que su exterior la delatase y se dio prisa en concluir la conversación.

—Te diré algo en clase —dijo Carla finalmente.

—¿Pero es tu alumna? —inquirió Marcos con su alegría habitual.

El chico miró a una y después a la otra. No atisbó nada extraño. Simplemente, estaba contento porque había conocido a una alumna de Carla.

—Me llamo Daniela —se presentó la chica y, acto seguido, le tendió dos besos.

—Un placer, Daniela —dijo—, íbamos a desayunar. Estás invitada si te apetece.

—Os lo agradezco, pero ya he desayunado —dijo con su amable sonrisa—, nos vemos en clase.

Aquella última frase la pronunció mientras miraba a Carla. Se contemplaron con esa profundidad que no eran capaces de disimular.

—Hasta luego, Dani.

La chica se dio la vuelta y Carla cerró la puerta con sutileza. No quería que se fuera de allí. Marcos se dirigió un instante al cuarto de baño y ella aprovechó para asomarse, nuevamente, a la ventana.

Dani caminaba por el sendero. Se dirigía hacia el centro del pueblo, donde imaginó que se

encontraba su casa. Su figura se empequeñecía. Era ya una sombra difuminada en aquel paisaje verde.

Contempló la hoja plegada en silencio hasta que su novio hizo acto de presencia.

—Qué chica tan agradable, ¿no? —dijo Marcos mientras se adentraba en la cocina que se hallaba unida al salón—. Los pueblos pequeños son como una gran familia. Lo malo es que los alumnos se te meten en casa con toda la confianza.

Carla no captó aquella broma. Su cabeza se encontraba en otra parte.

Marcos comenzó a abrir armarios y cajones porque se disponía a preparar el desayuno.

La profesora aprovechó el momento y se adentró en el cuarto de baño. Cerró con pestillo. Tomó asiento sobre el inodoro y desdobló el folio que tenía entre las manos.

Con el corazón enloquecido empezó a leer el contenido del mismo:

«He decidido escribirte estas líneas porque entiendo tu situación. Comprendo la duda y el miedo que te invaden en estos momentos. Quiero que sepas que no le diré a nadie lo que ha sucedido entre nosotras. Te respeto demasiado. Además, provengo de una familia, extremadamente, religiosa que me rechazaría si adivinase mi auténtica naturaleza. No es fácil convivir con una manera de pensar tan opuesta a la mía.

Me gustas mucho. Contigo siento una atracción que domina mis impulsos. Nunca antes había besado a alguien de forma tan repentina y le di muchas vueltas a aquel suceso. Porque no sabía cómo te había sentado, y si sentiste tu terreno personal invadido.

Yo ahora siento rabia e impotencia. Porque he conocido a alguien especial y quiero seguir descubriéndolo.

La edad me parece una excusa barata y absurda. Es un número y no debe limitarnos. No sé lo que sientes. Ni tampoco sé si esta carta te confundirá aún más porque es una mezcla de pensamientos y sentimientos que me vienen y necesito plasmarlos.

Únicamente, me atrae alguien que es un poco mayor que yo y da la casualidad de que también es mi profesora. Pero ¿tan malo es esto? ¿De verdad que son razones suficientes para no dejarnos llevar?

No soy capaz de apagar el fuego tan intenso que siento cuando te veo. Ha crecido de una forma descomunal y se ha propagado, demasiado deprisa, hacia lugares insospechados.

Me mantendré distante para no incomodarte, Carla. Te corresponde a ti dar el siguiente paso».

Cuando finalizó de leer la carta, su respiración se había acelerado. Las lágrimas inundaron sus ojos y sintió la necesidad de gritar. Se tapó la boca con la palma de la mano y reprimió un chillido. Cogió una toalla pequeña y la mordió con una presión monumental. Se sentía identificada con el escrito de Dani. Ella también notaba aquel fuego chispeante cuando la tenía cerca y, en ese momento, la rabia de la que hablaba le azotaba las entrañas. Su interior era un campo de batalla en el que el ejército de la razón se enfrentaba a los soldados del corazón.

Aprovechó para darse una ducha rápida. Tenía la piel pegajosa y el pijama humedecido. Se entregó a la fina cascada de agua templada que caía sobre ella. Como si aquellos chorros pudiesen arrastrar, además de la suciedad, las preocupaciones que contaminaban su mente.

«Dani. Dani. Dani». El rostro de Dani, su tacto, su olor, su mirada. Aquello era lo único en lo que pensaba. Si se escuchaba con atención, se aterrorizaba al comprobar que lo que realmente deseaba era quedarse a solas con ella. Quería perderse en su conversación que era divertida e inteligente al mismo tiempo.

Se imaginaba lo que sucedería si se quedaban de nuevo a solas, y se excitó. No se creía con la voluntad suficiente para controlarse. Porque anhelaba explorar cada rincón de su cuerpo y

mimarla con suma lentitud. Aunque su lado más salvaje también la incitaba a querer tocarla y besarla con una pasión desenfrenada.

Se daba cuenta de que Dani había despertado una faceta que desconocía de ella misma. Nunca antes había deseado a ningún hombre sexualmente. Se convenció de que el sexo estaba sobrevalorado. Qué no era tan excitante como los otros decían.

Cuando se descubrió pensando de aquella manera, intentó razonar consigo misma. Se estaba produciendo una dolorosa batalla en su interior entre lo que realmente sentía y lo que la sociedad le había dicho, desde que era pequeña, que tenía que sentir.

Entonces, mientras se secaba el pelo con el secador, se acordó de cuando tenía catorce años y una compañera de la escuela de música empezó a llamarle la atención. Por aquel entonces, se reprendió por aquello, y se dijo a sí misma, una y otra vez, que no era normal y que no estaba bien. Se lo dijo tantas veces, y con tanto reproche, que acabó por creérselo.

Pero, unos cuantos años después, apareció Dani y aquella parte suya que reprimió, con tanto ímpetu, resurgió de nuevo.

Capítulo 9

Marcos permaneció aquella semana junto a Carla. El chico no le recriminó su trato distante ni las escasas muestras de cariño. Eran pequeños detalles que optó por ignorar, pero que todos juntos formaban un puente de cientos de kilómetros de distancia entre los dos.

Él justificaba el comportamiento de su novia. «Seguramente sea el cambio de vida. Se está adaptando», se decía a sí mismo para alentarse. Incluso él era consciente de que aquellas mentiras lo tranquilizaban durante un breve periodo de tiempo. Una voz interior, que no conseguía silenciar, le susurraba que a Carla le sucedía algo más.

Ella interpretaba de la mejor forma que sabía. La sonrisa impuesta le nacía de manera automática. Pero lo cierto es que hasta sus compañeros de trabajo le preguntaron si le ocurría algo. Ya no era aquella muchacha risueña que se presentó a principios de septiembre con una mirada que rebosaba ilusión. Poseía una expresión transparente y sus ojos eran incapaces de ocultar el oleaje que se estaba produciendo en su interior.

—Marcos —le dijo, con aire fúnebre, una noche después de la cena—, tenemos que hablar. Se produjo un silencio incómodo entre los dos.

—¿Hay otra persona, verdad?

Carla jugueteaba con los restos de comida que había en su plato. Dejó el tenedor a un lado. Se armó de valor y miró a Marcos a los ojos. No asintió con la cabeza ni tampoco confirmó las sospechas del chico con palabras. Simplemente, se miraban en silencio. Un silencio capaz de comunicar lo que no podían decirse. En ocasiones, la emoción que conlleva lo que deseamos expresar resulta demasiado potente.

—Hace tiempo que lo nuestro no funciona —dijo Carla finalmente.

Notó el nudo que le estrujaba la garganta. Detestaba las despedidas y los finales infelices. Aquella escena tenía la pinta de abarcar las dos cosas.

—Sinceramente —comentó él mientras posaba su mano sobre la de ella—, creo que nunca ha funcionado.

La profesora de Literatura lo contempló con un matiz de desconcierto en la mirada, aunque sabía que él tenía razón.

—Me gustas mucho, Carla —afirmó—, he intentado llegar a ti de mil maneras diferentes.

La chica lo escuchaba con atención. Marcos negó cabizbajo. Emitía una pizca de frustración.

—Pero es como darse contra un muro impenetrable —continuó con un matiz de resignación en la voz—. Sabía que no estabas enamorada de mí y lo acepté. Creí que con el tiempo llegarías a estarlo, pero me equivocaba.

Acto seguido, Marcos se levantó de la silla y se enfundó el abrigo que colgaba del respaldo.

—¿Dónde vas con este tiempo? —inquirió Carla con preocupación.

—No creo que sea buena idea que pasemos la noche juntos —respondió con firmeza a la vez que se dirigía a la habitación para recoger su cosas—, me he cansado de fingir que todo está bien.

Carla sintió una punzada de culpabilidad y notó como el estómago se le encogía.

—Marcos —susurró con la voz entrecortada. Se hallaba apoyada en el marco de la puerta, contemplando como la que había sido su pareja hacía la maleta con una dolorosa velocidad—.

Siento si te he hecho daño. Yo... yo no quiero perderte.

El chico se detuvo un momento. Las palabras de Carla fueron el bálsamo que necesitaba. No podían ser pareja, pero le había transmitido que lo necesitaba en su vida, y aquello le conmovió.

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a Carla. Le acarició la mejilla con la palma de la mano y la chica cerró los ojos ante aquel reconfortante contacto.

—Perdóname —repitió nuevamente.

Se miraron y ella no atisbó ningún matiz de rencor en sus profundos ojos azules.

—Me voy a un hostel que hay en el pueblo —anunció una vez tuvo la maleta hecha.

Carla lo acompañó hasta la puerta. Lo cierto es que necesitaba quedarse a solas. Deseaba mostrarse sin máscaras ni filtros. Desprenderse de cualquier tipo de capa protectora.

—Creo que en el fondo sabes lo que te ocurre y como debes afrontarlo —dijo el chico, para su sorpresa, una vez hubo abandonado la vivienda—, deja de fingir ser lo que no eres.

Carla se quedó petrificada. Las palabras de Marcos no sonaron como un reproche. Él era una persona que la conocía muy bien. Había aprendido a leerle el pensamiento y a adivinar el porqué de su comportamiento. Era como un amigo que te comprende y te acepta, y por ese mismo motivo no quería perderlo.

Contempló, pacientemente, como se marchaba hacia el centro del pueblo.

Miró el cielo un instante. Comenzaba a anochecer. Pronto las estrellas adornarían el firmamento. Expulsó un vahó blanquecino al aspirar. Hacía bastante frío ahí fuera.

Se adentró en su hogar y se acurrucó en el sofá. No sabía de donde sacaba la fuerza para introducirse de lleno en su rol de profesora, con los ojos de Dani que la contemplaban con atención.

Sentía como la sensatez, que siempre la caracterizó, se evaporaba. Estaba cansada de su parte racional que le impedía hacer lo que realmente deseaba.

«No quiero pensar en las consecuencias que esta locura puede tener», se decía a sí misma cuando a su mente acudían escenarios futuros y aterradores.

«No es malo ni descabellado lo que estoy sintiendo. Es algo natural, bonito y verdadero. No voy a perdérmelo. Esta vez no. Por una vez en mi vida voy a dejarme llevar». Esto último lo dijo en voz alta, justo antes de cerrar los ojos.

Aquella noche su conciencia estaba tranquila, limpia. Se había liberado de una armadura tortuosa y pesada. Fue una de las pocas veces que se durmió con facilidad, plácidamente.

Capítulo 10

Carla recorría, con los brazos cruzados sobre el pecho, los estrechos espacios que se formaban entre pupitres. Los minutos se escapaban con lentitud, monótonos. Caminaba de un extremo al otro del aula mientras sus alumnos elaboraban una opinión sobre la última obra que habían leído en clase.

Casualmente, se trataba de uno de esos clásicos en los que la protagonista tiene que superar una serie de obstáculos para conseguir a su amor verdadero. Las relaciones imposibles, lo prohibido para la época y lo que va contra las convenciones sociales son temas que atraen, desmesuradamente, a los lectores. Las chicas pusieron más interés en la novela que los chicos, aunque estos también participaban cuando se formaba algún debate.

Dani siempre permanecía en silencio, aunque Carla era capaz de leerle el pensamiento. Si en el aula se debatía sobre si los personajes debían de ser valientes y olvidarse de los prejuicios que tenía la gente de la época, la profesora intuía la mirada punzante de Dani sobre ella. Como si sus ojos mencionasen el famoso refrán: *«consejos vendo que para mí no tengo»*.

El semblante de Dani no expresaba rencor ni reproche. Era la sensación de injusticia, que la desgastaba por dentro, lo que causó que se comportase de aquella forma. Emanaba distancia y una pizca de aborrecimiento.

En aquel instante, en el que todos los alumnos tenían puesta la atención en su tarea, Carla aprovechó para dejar una nota de papel, minúscula y doblada, sobre el pupitre de Dani. La chica miró a la profesora con desconcierto y, acto seguido, comprobó, con una ojeada veloz, que nadie se hubiese dado cuenta de aquel gesto. Ambas se sonrieron tímidamente y Dani se guardó el pequeño trozo de papel en el bolsillo de su pantalón.

El timbre sonó. Una melodía animada conquistó los pasillos y las aulas. Era agradable no oír el frecuente ruido estridente y fastidioso. Todos se sentían agradecidos de que Javi, el director, optase por la música variada, clásica y moderna, para señalar el cambio de clase, la hora de descanso o el fin de la jornada lectiva.

—No podéis escribir más —dijo Carla, con firmeza, mientras se dirigía hacia su mesa—, dad la vuelta a la hoja y entregádmela de uno en uno.

Mientras sus compañeros se levantaban para darle el folio a la profesora, Dani aprovechó y desdobló la nota.

Se percató de que las manos le temblaban sutilmente y de que su respiración se había acelerado. Dio un vistazo rápido a su alrededor, comprobó que cada compañero se hallaba enfrascado en sus cosas, y leyó para sí misma, con el pensamiento:

«Esta tarde a las 18.00 en el sendero que conduce al lago rojo».

La chica sintió una especie de colibrí en la boca del estómago que ascendía y descendía, por todo su cuerpo, a su antojo. Era como si aquella ave diminuta aletease dentro de su vientre, produciéndole una vibración constante. También notó que las mejillas le ardían. Se tocó la derecha, disimuladamente, y comprobó que estaba bastante caliente. «Lo más probable es que me haya puesto roja», pensó. Se guardó el trozo de papel en un bolsillo de la mochila y esperó, con nerviosismo, su turno. Cuando este llegó, abandonó su pupitre y se percató de que las piernas le temblaban. Intentó aparentar tranquilidad y, al entregarle a Carla su trabajo le guiñó un ojo con complicidad. Aquella fue su respuesta a la nota que la profesora le había dado.

Dani salió del aula y una sonrisa, un tanto alelada, inundó su rostro. Los ojos le brillaban y sintió el impulso de saltar y gritar, pero se contuvo.

Del mismo modo, Carla cogió el puñado de folios que descansaba sobre su mesa y lo ordenó antes de introducirlo en su carpeta. Se hallaba radiante, pletórica y, en un arrebatado desenfrenado, quiso lanzar todos aquellos papeles por los aires, pero también se contuvo.

—¿Se puede?

Javi se encontraba en la entrada del aula y portaba una pequeña bandeja de aluminio, cubierta con papel *film*, entre sus manos.

—Adelante.

—Mi mujer ha hecho bizcocho y te he traído un poco —dijo mientras lo situaba frente a ella—, siempre hace de más.

—¡Oh! —exclamó Carla, gratamente sorprendida—, pues muchísimas gracias.

—Lo cierto —dijo mientras se sentaba sobre uno de los pupitres de la primera fila—, es que me gustaría hablar un momento contigo.

La sangre de Carla se esfumó de su cuerpo, y el tono rosado que bañaba sus mejillas fue sustituido por un blanco enfermizo.

—No te asustes —apuntó el director cuando se percató de la expresión de la profesora—, simplemente quiero saber qué tal te estás adaptando.

Carla respiró. Por un momento, creyó que la conversación se centraría en Dani y en la relación prohibida que se estaba creando entre las dos. Pero no. Se hallaba equivocada. Javi, únicamente, se interesaba por el estado de las personas que trabajaban en su institución. Tal y como haría cualquier superior responsable e inteligente.

—Ah —musitó Carla con gran alivio—, la verdad es que me siento aquí muy bien.

—Me alegro —dijo—, ¿no hay nada por lo que deba preocuparme?

Carla negó con la cabeza, un tanto desconcertada. No sabía a donde quería el director ir a parar.

—De momento, todo está bien —respondió con convencimiento.

—Estupendo —dijo y se puso en pie con su característica jovialidad—. Parecías un tanto decaída últimamente. Pero si todo está solucionado, no hay nada más que hablar.

—La adaptación a veces cuesta —afirmó, convenciéndose de que verdaderamente se trataba de eso—, pero ya estoy mejor.

Javi abandonó la estancia y a Carla le mosqueó su mirada. Una mirada que escondía cosas. Como si supiese que la profesora no había sido del todo sincera con él. La joven se quedó con la sensación de que el director no le había dicho lo que realmente quería decirle.

De regreso a casa, las dudas y los miedos asaltaron a Carla de nuevo. La chica había tomado una decisión firme y, hasta su conversación con el director, estaba segura de ella.

Optó por no darle importancia a aquel breve encuentro. «Seguramente, no hay nada por lo que preocuparse», se dijo a sí misma para animarse. Creyó que su mente le jugaba una mala pasada.

Se centró en el ansiado encuentro que tendría con Dani esa misma tarde. Era innegable que deseaba quedarse a solas con ella.

Capítulo 11

Dani esperaba en el tramo del sendero en el que se vieron la última vez. Iba bien abrigada, con gorro y guantes incluidos, y en una de sus manos reposaba una linterna. En *Lago Rojo* oscurecía temprano. La ropa de abrigo que portaba no era negra como, normalmente, sus prendas solían ser. Poseía una tonalidad blanca como la nieve que emitía destellos plateados. La chica frecuentaba el bosque de noche, junto a *Luna*, para realizar alguna fotografía nocturna. Con esa clase de ropa resultaba más fácil localizarla si le ocurría algún tipo de accidente. Esto último había sido idea de sus padres y de su abuela.

Su familia era muy protectora con ella y le inculcaron unos principios morales que desde muy pequeña empezó a cuestionarse. Nunca le gustaron los colores vivos ni las faldas ni los lazos que adornaban su larga melena. Bostezaba en misa, se aburría cuando jugaba con las otras niñas en el recreo y, aunque de forma natural era amable y educada, detestaba sentarse y comportarse como una señorita debía de hacerlo. Su familia pudo dominarla hasta un punto.

Ella prefería la ropa negra y colocarse unos pantalones que, según su punto de vista, eran mucho más cómodos. Durante su niñez, disfrutaba cuando organizaba carreras con Luis, su vecino de toda la vida. Tocaban el timbre de las otras casas para, acto seguido, salir escopetados y esconderse detrás de algún árbol o matorral. No le importaba arrastrarse por la tierra cuando simulaban que eran exploradores ni mancharse la ropa de barro. Aunque a su familia sí, y siempre le reprendían por aquello.

—Eres una salvaje —le dijo una vez su madre cuando llegó a casa con el chándal lleno de agujeros y la cara y las manos colmadas de tierra—. Deberías de juntarte con la nieta de Teresa. Esa niña sí que sabe comportarse.

La mujer, que se hallaba haciendo ganchillo en ese instante, se levantó con aire enfurecido para prepararle el baño a Dani. Esta última le hizo una mueca de burla a su madre cuando se dio la vuelta y abandonó la estancia.

Desde niña le encantó dibujar, y cuando Luis, entonces contaban con trece años de edad, se mudó a la ciudad, se refugió en aquella actividad. Se seguían viendo, pero, en ocasiones, transcurrían largos periodos de tiempo. Aunque las llamadas, los correos electrónicos y los mensajes de texto eran frecuentes.

Con las otras niñas del pueblo no congeniaba demasiado y los demás chicos no querían que una chica se uniese a sus juegos porque, según su criterio, siempre lo complicaban todo.

Su mundo se redujo a la ilustración, la música, los libros y los paseos por el campo junto a *Luna*. Anhelaba a alguien con quien poder ser ella misma al igual que le pasaba con Luis.

Nunca había tenido pareja. No sabía lo que era el sexo, aunque había sentido atracción por alguna de las chicas que veía por televisión. Jamás imaginó que pudiera cruzarse por su camino alguien como Carla ni que un impulso tomase el control de su cuerpo y, sin ni siquiera meditarlo un segundo, se decidiera a besarla. Todo aquello era, realmente, fascinante y novedoso para ella.

Carla vio a Dani que esperaba en medio del sendero y sonrió de manera automática. El cielo se mostró precioso aquella tarde. Las nubes poseían una tonalidad rosácea y semejabán algodón de azúcar.

Atardecía y el sol iniciaba su ocaso.

—¿Qué tal? —saludó la profesora de Literatura cuando llegó a la altura de Dani.

—Mejor que nunca.

La chica le miró, de forma inevitable, los labios y se aproximó unos centímetros, aunque ya estaban lo suficientemente cerca la una de la otra. Carla colocó las manos sobre los hombros de Dani.

—Me muero por besarte —le dijo—, pero debemos llevar cuidado.

—Aquí no nos verá nadie —susurró de manera atrevida—, cuando empieza a hacer frío, este lugar se queda desierto. Únicamente, los fines de semana hay turistas, pero no demasiados. Siempre estoy sola con *Luna*.

—¿Pero me entiendes cuando te digo que no podemos dejarnos llevar demasiado? —inquirió—, es algo que quiero que tengas claro.

Dani se distanció un poco y escuchó a Carla atentamente.

—Debemos llevar nuestra relación a escondidas —dijo con sinceridad—, no podemos mostrarla al público. Podría traerme muchos problemas.

—Contaba con ello —dijo Dani—, y guardo la esperanza de que con el tiempo esta situación cambie.

—Yo también...

Carla rozó el labio inferior de Dani con el pulgar. Brillaba, a causa del cacao que lo humedecía, y lo percibió tan jugoso que no pudo evitar aproximarse, con lentitud, para besarlo. Ambas se entregaron a la calidez de aquel beso. Era como si estuviesen dentro de una llama ardiente que flotaba en medio del frío, aislándolas de este. Ninguna de las dos era capaz ya de sentirlo.

Cuando se distanciaron, no sintieron la necesidad de pronunciar ninguna palabra. Se tomaron de la mano y caminaron en silencio hasta que llegaron al lago rojo. Tomaron asiento sobre la plataforma de madera porque desde allí podrían contemplar los últimos rayos de sol. El reflejo del astro temblaba en el agua. Escondió su forma esférica y desapareció, temporalmente, de la vista de los mortales.

Dani apoyó la cabeza en el hombro de Carla y esta sujetó su mano con fuerza.

«Qué se detenga el tiempo, por favor», pensó la profesora de Literatura debido a la sensación tan maravillosa que estaba sintiendo.

Capítulo 12

El mes de octubre se ausentaba. Los tonos verdes y marrones que se entremezclaban, la bruma que desdibujaba los paisajes, otorgándoles un halo fantasmal, las calabazas, los manzanos y las ovejas. Todo esto eran características de este mes mágico que se evaporaba.

La noche de *Halloween*, Carla y Dani se adentraron en el bosque junto a *Luna*. Dani deseaba mostrarle a Carla la magia de la fotografía nocturna.

El firmamento asemejaba un océano repleto de estrellas que parpadeaban con intensidad. Nuestro satélite natural despedía una luz pálida con la que dulcificaba nuestras noches más oscuras.

—Es increíble —dijo la profesora cuando tomó una foto de la luna con el *zoom*—, la máquina ha captado los cráteres y el matiz azulado que posee su luz.

—Verás que te engancha —le aseguró Dani con un guiño de ojo cómplice.

Carla y Dani se veían todas las tardes, y también alguna noche. Se dieron el número de teléfono para poder comunicarse, y ambas se lo guardaron con nombres diferentes para no ser descubiertas.

La profesora de Literatura dejó de ir a su pueblo los fines de semana. Tenía que adelantar trabajo para la editorial, memorizar los temas de la oposición y, ante todo, deseaba seguir quedando con Dani.

Sus padres asumieron con normalidad la decisión. El pueblo costero, en el que residían, se encontraba en la otra punta de la península. Sus amigas de toda la vida se extrañaron. Carla no llamaba por teléfono ni contestaba a los mensajes al momento. Se mostraba ausente, distante y cambiada.

Aquel cambio de vida provocó que la profesora se diera cuenta de muchas cosas. Siempre fue una chica que siguió la corriente de la sociedad. Si le surgía algún pensamiento, emoción o sentimiento que fuese en contra de la misma, lo reprimía. Quería sentirse adaptada, aunque el sacrificio que debía realizar no la hiciese feliz. Resultaba más confortable acompañar al rebaño. Le aterrorizaba el hecho de transformarse en la oveja descarriada, negra y rebelde, a la que todos miran, juzgan y señalan.

Recordó que una vez hizo una amiga en el instituto, la cual poseía una personalidad diferente al resto de chicas de su edad. Se llamaba Carolina, se sentía cómoda con ella, muy a gusto. Había viajado con su madre por más de medio mundo y siempre tenía historias interesantes para contar. Pero el resto de muchachas la rechazaban por su manera de vestirse, un tanto alternativa, un poco *hippie*, y por su forma de comportarse. Decían que era excesivamente extrovertida y espontánea, y los relatos que contaba sobre las cosas que había visto, y vivido, los consideraban fuera de lugar. Carla se dejó arrastrar por las opiniones ajenas y también se distanció de ella.

Se había dado cuenta de que una gran parte de la sociedad rechazaba lo diferente y ella aprendió a imitar aquel detestable comportamiento para sobrevivir. Para mantener un grupo de amigas con las que no se entendía, pero que le hacían sentirse, en cierta forma, integrada. Partícipe de un mundo en el que no terminaba de encajar. Sencillamente, se presionaba. Como se presionan las piezas de un *puzzle* que no casan. Todo era una mentira.

Carla se hallaba cansada de fingir. Le empezaba a repeler la felicidad fingida con la que

maquilló su rostro en el pasado. Quería rodearse de gente con la que pudiera ser ella misma, en toda su esencia y plenitud. Como le ocurrió con Carolina en su momento y como le ocurría con Dani en la actualidad.

Ambas conversaban sobre multitud de temas. Compartían sueños, secretos y miedos. Desnudaban su alma. Ese instante en el tiempo les otorgaba el oxígeno necesario para continuar con su existencia. Carla le habló sobre como era su vida anterior y sus deseos de construir una nueva que le hiciera verdaderamente feliz.

—Nunca me ha importado lo que piensen los demás de mí —le confesó Dani mientras contemplaban uno de sus tantos atardeceres.

Aquella tarde parecía que las nubes soportaban el peso del sol porque este se hundía sobre ellas.

Carla miró a la chica de soslayo. Mientras hablaba expulsaba un humo blanco, casi transparente, y su nariz estaba enrojecida a causa del frío. Parecía una cereza congelada.

—Pero... —continuó Dani—, la reacción de mi familia sí que me importa porque les quiero.

Su voz sonó apagada, triste. Como si le diese miedo decir lo que realmente ocurriría si sus padres y su abuela se enteraban de su orientación sexual.

—¿No crees que acabarían aceptándolo?

La chica no respondió enseguida. Se secó una lágrima que descendió por su suave moflete. Carla adivinó que no eran lágrimas de frío, sino de tristeza.

Finalmente, Dani negó con la cabeza.

—¿Los tuyos lo aceptarían? —preguntó la chica a la vez que la miraba detenidamente a los ojos.

—Mis padres lo aceptarían sin problema —respondió con sinceridad—, nunca los he visto juzgar el amor, tenga la forma que tenga.

Dani aproximó su rostro al de ella y la besó apasionadamente.

—Quiero ir más allá contigo... —le susurró con ternura al oído cuando se distanciaron.

El aliento que emanaba de su boca le hizo cosquillas en el cuello. Un escalofrío recorrió la espalda de Carla que notó como sus mejillas adquirían el mismo color que la nariz de Dani.

—Está la cosa complicada —comentó la profesora a modo de broma—, no pueden verte entrar en mi casa.

—¿Y si necesitara refuerzo después de clase? —preguntó a la vez que se reía picarescamente.

—Vas muy bien en Literatura —apuntó Carla—. Además, se correría la voz y la casa se me llenaría de alumnos dispuestos a mejorar. No puedo decirles a unos que sí y a otros que no.

Guardaron silencio durante unos segundos. Se escuchaban los sonidos de la naturaleza magníficamente, sin ningún tipo de interferencia. Las copas de los árboles emitían un murmullo cuando el viento las agitaba, los pájaros piaban y los viejos troncos producían sonidos secos, unos crujidos reconfortantes.

—Tengo una idea mejor —añadió Dani después del prolongado silencio.

Capítulo 13

Había un hotel rural con mucho encanto en las afueras de la ciudad más cercana. Era un lugar espacioso pero, al mismo tiempo, recogido y familiar. Estaba construido con madera y piedra. Poseía una chimenea considerable en una de las salas comunes. El fuego chispeaba. Era hipnótico. La calidez que desprendía, y los chasquidos que producía la leña al arder, te reconfortaba. Te empujaba a cerrar los ojos y, si te descuidabas, era muy probable que te quedaras dormido en el amplio sofá.

El personal era amable. El hombre que trabajaba en la recepción trataba a los huéspedes de manera muy cercana. Conseguía que se sintiesen en casa. Se llamaba Juan y poseía una apariencia, y una forma de hablar, un tanto peculiar. Su acento se asemejaba al dibujo animado de un pato y su monumental barriga parecía una cama de agua.

Carla y Dani permanecían sentadas en aquel sofá azul celeste, frente a la enérgica chimenea. Se hallaban solas, pero se comportaban de manera cuidadosa. No deseaban alzar cejas de extraños ni despertar dudas ni curiosidades. Debían reprimir los actos de cariño delante de la gente.

Aunque Dani conocía a pocas personas en el lugar, el pueblo de *Lago Rojo* quedaba a unos pocos kilómetros de la ciudad. No resultaba extraño que tropezaran con algún conocido. Se prepararon con antelación para cualquier situación embarazosa que pudiese surgir.

Luis, el amigo de la infancia de Dani, residía en la ciudad y ella iba de vez en cuando a hacerle una visita.

—Si mis padres te llaman, ¿Puedes decirles que estoy contigo? —preguntó la chica con un matiz de esperanza en la voz—, te devolveré el favor. Te lo prometo.

—No me importa hacer algo por ti, Dani —dijo Luis con sinceridad desde el otro lado de la línea—, pero si quieren hablar contigo, ¿qué les digo?

—Invéntate algo —dijo burlonamente—. A ver, eso no va a ocurrir. Lo más probable es que me llamen a mí primero. Pero como son tan controladores, y a veces tan mal pensados, he barajado todas las opciones.

—¿Y puedo saber a dónde vas?

Se produjo un extraño silencio y Luis creyó que se había interrumpido la llamada.

—¿Dani?

—Tengo una cita romántica —confesó la chica de forma pudorosa y sin fuerza en la voz.

Dani sintió como se le encendían los mofletes. Notó su rostro tan caliente que parecía que tuviese fiebre. El corazón se le precipitó y un hormigueo, ya conocido, se intensificaba en su interior. Era una sensación placentera e incómoda a la vez. Como cuando alguien te hace cosquillas en la piel con una pluma.

—¿Con otra mujer?

—¿Es una pregunta retórica, Luis? —inquirió entre risas—, sabes, desde hace bastante tiempo, que yo únicamente me fijo en mujeres.

—Ya... —musitó—, ¿y quién es?

La voz de su amigo manifestó la curiosidad y el entusiasmo que sentía ante la posibilidad de que Dani, la vecina dulce e incansable que había crecido junto a él, se hubiese enamorado.

—No la conoces —respondió la chica con la esperanza de que no indagase más en el tema.

—Obvio —apuntó algo decepcionado—, pero tú puedes hablarme de ella y decirme a qué se dedica, qué pasatiempos tiene, etc...

Ambos rieron abiertamente. Dani quería gritarle al mundo lo que sentía por Carla, pero se contuvo.

—Pronto te hablaré de ella —dijo con ilusión—, es una chica muy especial e inteligente.

—¿Y dónde iréis? —preguntó de un modo bastante chismoso—. No creo que la cita sea en *Lago Rojo*. A no ser que queráis que se entere de lo vuestro hasta el cura del pueblo.

—Nos vamos a un hotel.

—¿En serio, Dani? —exclamó Luis que no pudo contener un grito de emoción.

La habitación del hotel era preciosa. Cada detalle estaba colocado con gusto. Era sencilla y, al mismo tiempo, sofisticada. La cama era de matrimonio y ambas se ruborizaron cuando la vieron por primera vez. Tuvieron los mismos pensamientos y sensaciones.

Un lienzo descomunal, que mostraba unas cascadas en medio de una selva verde, descansaba en la pared donde se apoyaba el cabecero de la cama.

La luz era tenue y relajante. Todo el hotel se caracterizaba por aquella luz que no exhibía el ambiente en su totalidad, pero podías intuirlo.

Anocheceía y desde el amplio ventanal, que había a mano izquierda, se adivinaba un espeso bosque que parecía no tener fin.

Carla dejó su bolsa de mano sobre una silla y se aproximó al cristal, Dani la imitó y se situó al lado de ella. Un mar de copas de árboles se esparcía ante las dos chicas. El río que serpenteaba por el bosque parecía un cable plateado que se extendía sin límite. Caminaba hacia al mar, aunque los ojos intuían que se fundía con el cielo.

—La naturaleza es tan armoniosa y, a la vez, tan caótica y salvaje —susurró la profesora de Literatura.

Aquello fue un pensamiento que sin proponérselo lo dijo en voz alta.

—Al igual que el ser humano, posee múltiples facetas —apuntó Dani.

Carla dirigió su semblante hacia ella y la chica hizo lo mismo. Se contemplaron en silencio durante unos segundos. El ambiente de la habitación embrujaba. Los rasgos de cada una de ellas se acentuaron, la luz las embellecía.

Se besaron. Primero con ternura. Pero a los pocos minutos el ritmo de aquel beso se aceleró. Se desprendieron de sus respectivos chaquetones sin necesidad de despegar los labios.

Carla se distanció un instante de Dani y sostuvo su rostro entre las manos. Un rostro que se le antojó colmado de ruego. Los ojos verdes de la chica eran como una jungla salvaje en la cual deseaba adentrarse sin brújula para perderse.

—Eres preciosa —le susurró.

Y en el mismo momento, se dio cuenta de que aquello lo había dicho de manera espontánea. Pero es que con Dani todo fluía. Todo era fácil. No existía la incomodidad ni tenía que medir cada palabra que decía.

Dani se deshizo del jersey que llevaba puesto y Carla hizo lo mismo. Las dos lucían un sujetador de encaje negro. Volvieron a besarse con un hambre voraz al mismo tiempo que con las manos se acariciaban la cintura, los brazos, los hombros y los senos cubiertos. Sus respiraciones se aceleraron. Se confundían.

Carla cogió la mano de Dani para dirigirla a la cama, que se encontraba al lado de ellas. Tumbó a la chica y sin dejar de besarla, aunque con más lentitud, se posicionó sobre ella. Le quitó los pantalones con suavidad y Dani emitió un gemido leve.

Carla empezó a besarle y lamerle los muslos. Ambas eran inexpertas. Ninguna había estado

antes con una mujer en aquellas circunstancias. Simplemente, se dejaban llevar por la magia del momento. La cabeza de la profesora subía y bajaba y Dani se retorció ante aquel excitante contacto. Le besó el vientre. Recorrió el vello que, tímidamente, formaba un sendero hasta su ombligo. Dani gemía, se arqueaba. Carla se detuvo un instante y volvieron a mirarse a los ojos con intensidad. Se bajó de la cama para poder desprenderse ella también de sus pantalones. Dani la contemplaba con una mezcla de pasión y vulnerabilidad. La profesora se subió de nuevo al lecho y se quitó el sujetador. Sus senos eran grandes, suaves y turgentes y Dani no podía dejar de mirarlos. Se hallaba deseosa de tocarlos y probarlos con su propia boca. Carla se acarició los pechos y se pellizcó los pezones rosados a la vez que gemía. Introdujo un dedo debajo de sus braguitas y se rozó. Acto seguido, lo lamió y esta vez la que gimió con deseo fue Dani que no pudo evitar incorporarse. Ambas se comportaban de manera instintiva, natural y salvaje.

Se besaron ardientemente y la chica sostuvo aquellos senos grandes entre las manos. Los tocó con ternura, pero era incapaz de no apretarlos. Se llevó un pezón a la boca y Carla echó la cabeza hacia atrás. Dani lo lamió y lo mordisqueó y su excitación aumentó cuando escuchó aquellos gritos. Unos gritos que se le antojaron deliciosos. Como si fuesen una música de fondo. Carla hizo un esfuerzo por recomponerse y tumbó, nuevamente, a Dani sobre el colchón. Deslizó las copas del sujetador de Dani hacia abajo y sus pechos, que eran pequeños pero firmes quedaron al descubierto. Se alzaban anhelantes, buscando caricias, besos, quizá, consuelo.

Las dos tenían los pezones del mismo color. Una tonalidad rosa y suave los teñía. Los de Carla eran amplios y lisos, y los de Dani eran pequeños, pero sobresalían. Como si fuesen dos golosinas con forma de fresa. Carla besó uno y después otro. Después los lamió y los pellizcó con los dientes y también con las yemas de los dedos. Se percató de que Dani estaba al punto de llegar al *clímax*. Se posicionó al lado de ella e introdujo dos dedos debajo de sus braguitas que iban a juego con el sujetador. La sintió húmeda y cálida. Al mínimo contacto, gritó. La rozó, en un inicio, con suavidad y posteriormente aumentó el ritmo. Dani meneaba las caderas cada vez con más velocidad hasta que no pudo aguantar el placer que la recorría por todo el cuerpo. Se deshizo en gritos y movimientos y Carla la abrazó a la vez que Dani se aferraba a ella con garra.

Capítulo 14

Aquel fin de semana resultó inolvidable. Fue uno de esos instantes que la memoria protege como si de un tesoro se tratase. El tiempo se deslizaba entre las sábanas. Las horas transcurrían demasiado deprisa. Carla y Dani se sentían incapaces de separarse la una de la otra. Deseaban alargar el momento. Aprovecharlo al máximo. Las dos tuvieron el mismo pensamiento, aunque no lo pusieron en voz alta. Querían adueñarse del tiempo para que el mundo se paralizara y ellas pudiesen permanecer, eternamente, en aquella habitación. Eran conscientes de que pronto deberían regresar a sus antiguas vidas y fingir que aquello nunca se había producido. Era triste e injusto y les provocaba un sentimiento muy intenso de impotencia. Sobre todo a Dani que, aunque su temperamento fuese pacífico, se encontraba en una edad en la que todo se experimenta de forma desmesurada.

—Qué extraño es todo —le susurró a Carla mientras le acariciaba la cintura—, a veces, este mundo me parece un sinsentido.

Era de noche. Se hallaban tumbadas en la cama, desnudas la una frente a la otra. Habían hecho el amor al lado del amplio ventanal que permanecía descubierto. Nunca corrieron las cortinas porque no había ninguna vivienda en aquel bosque. Era un lugar protegido por el cual estaba prohibido transitar de noche. Las estrellas parpadeantes habían sido los únicos testigos de sus besos, caricias y abrazos. Llegó un instante en el que les dio igual ser vistas por alguien. Se olvidaron de cada obstáculo que les impedía mostrarse como ellas mismas eran realmente.

La escena parecía extraída de una de las novelas que tanto le gustaban a Carla. Un hotel perdido en un bosque. Una ventana iluminada en mitad de la oscuridad de la noche. Dos mujeres que se entregaban la una a la otra y que descubrían sus cuerpos de multitud de formas diferentes. Un cielo repleto de astros que aplaudían aquel acto cargado de erotismo y romance.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carla un tanto desconcertada por las palabras de Dani.

—Qué es absurdo que tengamos que esconder nuestra relación.

—Este mundo es imperfecto —declaró la profesora de Literatura—, no busques la coherencia en él.

—Yo quiero llegar el lunes al pueblo cogida de tu mano —confesó mientras le retiraba un mechón de pelo que cubría su mejilla.

—De momento, no es posible.

—Lo sé —afirmó—, el día que sea posible, no me importará enfrentarme a mi familia por ti.

Carla sintió como el estómago se le encogía. No quería adelantar acontecimientos. No deseaba que Dani se enfadara con su familia. Aquella posible situación le entristecía. Guardaba la esperanza de que sus circunstancias podían resolverse sin que nadie resultase herido, pues no se trataba de ningún tipo de guerra. Aunque a veces así lo pareciera.

—Aprovechemos el tiempo que nos queda —dijo Carla a modo de petición—, ya llegará el momento de enfrentarnos a los problemas. Pero este fin de semana es nuestro.

—Tienes razón.

Se compraban el desayuno de un horno artesanal que quedaba cerca del hotel. Se adentraban en el bosque y buscaban una piedra desde donde pudiesen contemplar el amanecer.

Saboreaban el tierno y azucarado bollo, degustaban el café caliente y miraban como el sol,

que parecía una yema de huevo líquida, se despertaba y lo teñía todo de color ámbar. Como si Dios hubiese rasgado la yema, con un tridente, e inundara el cielo con su contenido.

—¿Sabes que me gustaría hacer contigo? —inquirió Dani la última noche que pasaron juntas, justo después de hacer el amor una vez más.

—Creo que ya has hecho bastantes cosas conmigo —dijo Carla picaronamente.

Ambas rieron de manera descontrolada y, cuando las carcajadas cesaron, se admiraron en silencio. Dani se hallaba completamente desnuda, y el cuerpo de Carla permanecía cubierto de forma parcial por una sábana blanca.

—Me encantaría dibujarte tal y como estás ahora —manifestó en voz alta.

—Hazlo —dijo Carla sin meditarlo si quiera.

—¿De verdad? —exclamó Dani, incorporándose.

—Pero ese dibujo habrá que quemarlo en la chimenea que hay bajo —apuntó mientras se reía.

—No te preocupes —dijo la chica a la vez que se dirigía hacia donde descansaba su mochila para coger el cuaderno—, te lo quedarás tú.

Dani le indicó a Carla como tenía que colocarse en la cama.

—Me siento como Rose en la película de *Titanic* —dijo, entre risas, a la vez que se situaba de lado, tal y como la pintora le había solicitado. La larga melena rizada le caía sobre la cintura, y algunas puntas se asomaban a la vez que decoraban su pálido vientre.

—Espero tener un final mejor que el de Jack —comentó Dani mientras se situaba en un sillón que había ubicado frente a la profesora de Literatura.

A Carla se le escapaba la risa cuando contemplaba a Dani. La chica se había sumergido en su rol de pintora. La miraba con seriedad profesional a la vez que trazaba líneas sobre un papel en blanco.

—No te rías —le dijo Dani.

Sus palabras tomaron forma de orden más que de petición.

—Pues entonces vístete para que yo también pueda concentrarme.

Dani se rio al percatarse de que Carla tenía razón. La habitación permanecía caldeada y las prendas de vestir no resultaban imprescindibles. Se levantó rápidamente y cubrió su cuerpo con una manta de tela fina que poseía una tonalidad plateada.

Fue un momento fascinante. Erótico, placentero y a la vez cargado de romanticismo. Dani se entregó a la tarea que tenía entre manos y Carla se concentró para que la chica pudiese plasmarla tal y como la veían sus ojos.

—No sé si enseñártelo todavía —dijo Dani cuando hubo terminado.

—Venga...

—Nunca me sentiré contenta con lo que hago.

Carla le quitó el cuaderno de forma inesperada, cuando Dani se descuidó. Tuvo que tomar asiento de nuevo sobre el colchón cuando contempló el dibujo.

—¿No te gusta?

Carla negó con la cabeza. Aquel gesto no fue una respuesta a la pregunta de la chica. No encontraba las palabras adecuadas para describir lo que Dani había sido capaz de crear con un folio y un lápiz.

—Dani, es precioso.

—¿De verdad que te gusta? No tienes por qué quedar bien conmigo.

—No lo digo para quedar bien —dijo con firmeza, mirándola directamente a los ojos—, he visto muchos dibujos tuyos y ya sabía que tenías talento, pero esto es...

No fueron necesarias las palabras. Estorbaban y sobraban. Sabían que sería su última noche juntas antes de regresar a la rutina de la vida cotidiana, y anhelaban exprimir el instante al máximo.

Capítulo 15

Regresaron al pueblo por separado. Por lo tanto, cogieron buses distintos para no levantar ninguna sospecha.

Carla viajaba en silencio. Se encontraba asumiendo todo lo que había vivido en aquellas maravillosas cuarenta y ocho horas. Las horas más fascinantes de su vida. Un tiempo en el que había sentido que vivió con plenitud. Un instante en el que fue verdaderamente feliz, y se lamentaba de que hubiese transcurrido tan deprisa.

Contempló la luna que parecía una tajada de melón. Dani le aportaba paz y alegría al mismo tiempo. En ese momento, se hallaba colmada de una sensación apacible, y, cuando rememoraba algún instante con Dani en el hotel o bosque, una especie de calambre recorría todo su vientre. Se sorprendió a sí misma sonriendo. Una sonrisa que inundaba todo su rostro. Miró hacia todos los lados para asegurarse de que nadie se había percatado de la cara de tonta que lucía.

No quería parecer una lunática, pero es que Carla se había enamorado. Estaba convencida. Se trataba de un sentimiento muy complicado de disimular y estaba tomando conciencia de ello, lo cual le preocupaba y mucho. Eran seres humanos y, en ocasiones, el instinto toma el control. Pero la sociedad instruye para no hacerles caso a los impulsos naturales. Automáticamente, se reprimen como si se tratasen de un pecado mortal.

Cuando llegó a *Lago Rojo*, se dio cuenta de que habían decorado el municipio con las típicas luces navideñas. Estaban en diciembre y las fiestas más familiares del año se encontraban a la vuelta de la esquina.

Se dirigió a su casa con paso pausado. Dani había cogido el bus antes que ella e imaginó que ya debería encontrarse resguardada en su vivienda, junto a sus padres y abuela.

Pensó en las vacaciones que estaban próximas. Regresaría a su pueblo para pasar la Navidad al lado de su familia. Le apetecía estar con sus padres que eran hogar y refugio, pero, si era sincera con ella misma, aún más deseaba permanecer al lado de Dani. Necesitaba apoyar su cabeza sobre el corazón de la chica, que le palpitaba vigorosamente, y quedarse dormida con el ruido de aquel músculo que era como una reconfortante melodía de fondo. Pero no. Aquello no era posible.

«A saber cuándo se nos presenta la oportunidad de quedarnos a solas de nuevo», pensó y un matiz de impotencia invadió su ánimo. Se adentró en la casa. Tomó una ducha caliente, se preparó algo rápido para cenar y se recostó en el sofá. Encendió la televisión, pero no emitían nada interesante.

«Me gustaría poseer el control del tiempo y repetir este fin de semana una y otra vez, ralentizando los momentos a mi antojo», pensó, nuevamente, mientras contemplaba el aparato electrónico. Miraba la pantalla que producía imágenes y sonidos, pero no veía lo que acontecía en su interior.

Carla tenía la sensación de que aquella relación era sólida y verdadera, pero, irremediablemente, frágil. Poseía la misma fragilidad que una pompa de jabón.

«Dani», susurró para sí misma y cerró los ojos. «¿Por qué he tenido que conocerte en estas circunstancias?», se preguntó con el pensamiento. Y, como buena amante de la Literatura que era, rememoró unas palabras del gran escritor Gabriel García Márquez que dicen así: «*Todo se reduce a la última persona en la que piensas por la noche. Ahí es donde está tu corazón*».

Entonces, Carla se percató, inmediatamente, de quién había guardado el suyo.

Capítulo 16

Cuando Carla se despertó, se topó con un paisaje nívco. Todo estaba completamente blanco. Había nevado durante la noche y una capa, espesa y helada, cubría la localidad de *Lago Rojo*.

La profesora de Literatura sonreía a la vez que contemplaba el paisaje desde la ventana del salón. Parecía una acuarela extraída de un mágico cuento navideño. Últimamente, lo percibía todo más bello y luminoso.

Aquel día se abrigó más que de costumbre para dirigirse al instituto. Sus ojos eran la única parte del cuerpo que permanecía visible. De vez en cuando, se apartaba la bufanda que ocultaba su boca y su nariz, y cogía aire.

Todo el pueblo se hallaba congelado. Era como transitar sobre un enorme polo de nata.

Se adentró apresuradamente en la institución estudiantil. La calefacción la acogió de una manera muy confortable. Se dirigió con paso firme a la sala de profesores. Aquella mañana impartía su lección a última hora, pero Javi les permitía acudir antes de lo previsto. El jovencísimo director ofrecía las instalaciones para que los profesores hiciesen uso de ellas con responsabilidad y libertad.

Carla quería aprovechar el tiempo que le sobraba para corregir los trabajos de algunos alumnos, y también pensaba en estudiar unos temas de la oposición. Una tarea que necesitaba un fuerte empujón. Tenía el temario de biblioteconomía profundamente apartado y olvidado.

Se introdujo en la estancia y comprobó que estaba vacía. Agradeció, para sus adentros, no tener que verse obligada a entablar conversación con alguien. Miró el reloj que había colgado en la pared. Aún quedaban quince minutos para que los pasillos se colmaran de estudiantes. Se liberó de su ropa de abrigo y tomó asiento. Justo cuando lo tenía todo dispuesto, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Se volvió y advirtió que se trataba de Javi, el director.

—Buenos días, Carla —saludó el hombre amablemente—, ¿qué tal el fin de semana?

—Muy bien, la verdad —respondió con alegría sincera.

—Eso está bien —añadió mientras la inspeccionaba de arriba abajo con su característica sagacidad—, ¿podemos hablar un momento?

—Claro —contestó la profesora a la vez que se incorporaba.

Se puso, inmediatamente, muy nerviosa.

—Pero aquí no —dijo Javi mientras le hacía un gesto con la mano—, vámonos mejor a mi despacho.

La profesora de Literatura sintió como le faltaba el aire. Por la manera en la que su superior la observó, se temía lo peor. No atisbó ningún tipo de juicio en sus ojos, pero era evidente que ocultaban algo. Los miedos que tanto le habían acechado podían hacerse realidad en cuestión de segundos.

—Seré directo contigo —dijo Javi mientras cerraba la puerta detrás de ella—, siéntate, por favor.

Carla obedeció y el hombre también tomó asiento frente a la joven.

—¿Qué tipo de relación mantienes con Daniela García de segundo B? —preguntó de forma clara y concisa, sin rodeos.

El hombre formuló la pregunta con una seriedad penetrante. No estaba dispuesto a permitir vacilaciones de ningún tipo. Quería la verdad.

Carla guardó silencio. Bajó la vista un instante y se contempló los pies que se movían con inquietud al igual que los dedos de las manos. El corazón se le había disparado y sintió un rubor abrasador que ascendió hasta sus mejillas.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Carla y atesoró el coraje suficiente para mirar a Javi a los ojos.

—No me has respondido —apuntó fríamente.

—Es que me parece que ya sabes la verdad.

La voz de Carla poseía un matiz tembloroso. Sin embargo, no iba a permitir que sus nervios reflejasen una vergüenza que en realidad no sentía. A pesar de su inquietud, se mostró firme y segura. Todo lo firme y segura que la situación le permitió.

—Carla —dijo el director y, esa vez, se expresó de manera más amable. Como, normalmente solía hacerlo—. Entiendo que eres muy joven y que estas cosas pasan. Pero no lo puedo consentir. No puedo mirar hacia otro lado como si no ocurriese nada.

La chica asintió en silencio y aguantó la mirada de su superior con dignidad. Javi no tuvo más remedio que admirarla por aquello.

La joven asemejaba la hoja de un árbol en medio de una tempestad de viento. A pesar de que no podía impedir que el revuelo exterior la arrastrase, se adhería a su rama con entereza.

—Lo entiendo —dijo Carla finalmente.

—Mi obligación es comunicar lo sucedido —añadió, con prudencia, porque desconocía cuál sería la reacción de la profesora—, ¿sabes lo que supondría eso, no?

—Estoy al tanto —respondió—, conozco las normas.

Se contemplaron en silencio durante unos segundos. El rostro de Carla reflejaba la batalla que se estaba librando en su interior. Necesitaba llorar, expulsar el dolor que le arañaba desde dentro, pero no iba a hacerlo hasta que no llegase a su casa.

No se sentía avergonzada de la relación que mantenía con Dani, pero no podía evitar sentirse, en cierto modo, como una niña pequeña a la que están reprendiendo injustamente.

Javi, que era un hombre muy comprensivo y tolerante, no deseaba perder a una profesional como Carla, que era evidente que amaba la Literatura. Era joven, risueña, algo idealista quizá, y con mucha energía y ganas de trabajar.

—Haz lo que tengas que hacer, Javi —dijo finalmente Carla—, ambos sabemos que yo no he hecho nada malo.

—No se trata de eso y lo sabes —apuntó el director—. Simplemente, existen unas normas y mi obligación es que se cumplan.

—Lo comprendo.

Notaba que la frágil capa que escogió, para protegerse de la situación, empezaba a resquebrajarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el director advirtió su mirada triste.

—Puedes irte a casa —dijo a modo de despedida, pues no quería hacerla padecer más—, pronto me pondré en contacto contigo.

Capítulo 17

Carla recogió sus cosas de la casa con aflicción. Como si le pesasen los huesos y músculos del cuerpo. No quería irse de *Lago Rojo*. Le encantaba el entorno natural, de cuento de hadas, que lo envolvía, y la gente que allí habitaba. Disfrutaba impartiendo la asignatura de Literatura, algo que jamás se había planteado ni imaginado hasta que tropezó con aquella fortuita oferta de trabajo. Pero lo que realmente deseaba, firmemente, era permanecer junto a Dani. Quería seguir descubriendo sus diferentes facetas y compartir su tiempo con ella.

El hecho de aceptar aquella oportunidad laboral le permitió conocerse más a ella misma en todos los ámbitos. Salieron a la luz fragmentos que anteriormente reprimió con ímpetu. Despertó del largo letargo en el que se había sumido.

Pese a todo, sabía que su única opción era abandonar el municipio. Debía alejarse del entorno en el que se había encontrado y aquello le producía un cóctel de sensaciones. El sabor de la impotencia y la pena se entremezclaban, imposibilitándole identificar cuál de los dos dominaba su ánimo en cada momento.

Tenía la cabeza como una peonza. Limpió toda la casa con el objetivo de olvidarse de su dolor. Limpiaba con energía como si la suciedad fuesen los pensamientos intrusivos que tanto le molestaban. Pero estos emergían de nuevo. Del mismo modo que una mancha de tinta no llega a deshacerse del todo. Siempre queda un borrón.

Hacía dos días que mantuvo aquella incómoda conversación con Javi. Dos días en los que apenas había comido ni se había aseado ni había descansado. Las horas transcurrieron con pesadez de plomo.

Dani la llamó por teléfono en multitud de ocasiones y le dejó varios mensajes de texto. Mensajes que radiaban preocupación, pero que Carla se sintió incapaz de responder. Cada vez que se proponía pulsar una tecla, para narrarle a la chica lo sucedido, los sentimientos le ahogaban y lloraba de forma irremediable.

Dani tocó la puerta de la casa un par veces, deslizó notas por debajo de la misma, que desprendían de nuevo intranquilidad, y esperó y esperó en la entrada hasta que la luna dominaba la bóveda nocturna y el frío se volvía insoportable.

Carla recibió una llamada del director una mañana. El chico quería resolver la situación de la forma más amigable posible. No tenían que contarle a nadie la verdad. *Lago Rojo* era un pueblo pequeño en el que las noticias volaban y todo se magnificaba. Tanto por el bien del instituto como por el de Carla, lo mejor sería mantener el asunto en secreto. De cara a los alumnos, y al resto del equipo docente, la profesora de Literatura abandonó el puesto por iniciativa propia debido a un problema personal. Ya está. No serían necesarias más explicaciones.

—¿Lo sabe alguien más, Javi? —preguntó Carla antes de finalizar la llamada.

El joven director le aseguró, con firmeza, que nadie sabía lo que había sucedido. Lo cierto es que ella no tenía miedo de las habladurías de la gente. Temía más las consecuencias que pudiese sufrir Dani porque su familia era, excesivamente, conservadora.

—Javi, una última pregunta —dijo Carla que sentía la necesidad de paliar la curiosidad que más le inquietaba—, ¿cómo te enteraste tú?

Ella estaba convencida de que habían sido discretas. En el aula, a veces, se dedicaban

alguna mirada cómplice, pero siempre cuando el resto hacía un examen y, por lo tanto, permanecían con la cabeza gacha. Nunca se habían expuesto. El sendero que ellas transitaban juntas siempre se encontraba vacío, y en el hotel rural, en el cual se hospedaron, no tropezaron con nadie conocido. Lo cierto es que se hallaba bastante despejado de gente cuando fueron.

—Vi como os besabais en tu primer día de trabajo —confesó.

—¿Y no me dijiste nada entonces? —preguntó un tanto desconcertada.

—No, porque pensé que había sido iniciativa de Daniela —dijo—, pero una vez vi que te adentrabas por el sendero que conduce al *Lago Rojo* y por impulso te seguí. Estabais sentadas sobre la plataforma de madera, cogidas de la mano.

A Carla se le cortó la respiración de inmediato. No supo qué decir, pero se dio cuenta de que, al contrario de lo que creía, se había comportado de manera imprudente. Se dejó arrastrar por aquel sentimiento tan fuerte que Dani le provocaba y que, por lo visto, no fue posible disimularlo del todo.

—No ha sido fácil para mí tomar esta decisión —dijo el director ante el silencio de la profesora—, te deseo lo mejor, Carla.

Capítulo 18

Carla se dirigía hacia el instituto con paso seguro. Su estómago se había contraído y una mano invisible prensaba su corazón, produciéndole un malestar desesperante. Intentó que su semblante no reflejara el combate que se libraba dentro de ella. Pero lo cierto es que su mirada despedía una tristeza que nunca antes había captado.

A sus veinticuatro años había sufrido alguno que otro disgusto, y también decepciones. Pero nada era comparable a las sensaciones que experimentaba en ese mismo momento. Unas sensaciones un tanto extrañas. Una agitación interna que le resultaba complicado de descifrar con palabras.

Se sentía como si hubiese encontrado algo que le daba sentido, y chispa, a su vida. La sola presencia de Dani la llenaba de optimismo, y el mundo parecía un lugar idílico, teñido de bellos y múltiples colores.

Pero, injustamente, ocurría que aquella relación, que había brotado de la forma más natural posible, no estaba bien vista y debían deshacerla de inmediato. Carla había sido desahuciada de ese paraíso que pudo rozar con los dedos cuando se encontraba con ella.

La profesora de Literatura se adentró en el edificio estudiantil. No había nadie por los pasillos. Javi concertó una reunión con ella para finiquitar ciertas gestiones, bastante tiempo antes de que iniciaran las clases. Así lo hizo para evitar que Carla recibiese preguntas incómodas.

En el despacho lo solucionaron todo de manera cordial y rutinaria, sin profundizar demasiado en ningún tema concreto. Ambos deseaban hacerlo de la forma más rápida posible y que nadie saliese perjudicado.

—Es lo que tengo que hacer —le dijo Javi cuando se despidieron, a modo de disculpa, y Carla captó un deje de tristeza tanto en su voz como en su mirada.

—No te preocupes —dijo la chica antes de tenderle la mano—, he aprendido mucho en este instituto. Es la primera vez que tropiezo con pedagogías tan innovadoras.

No demoraron más la separación. Se sonrieron brevemente y la joven abandonó las instalaciones con dignidad.

Carla quería coger un tren que la condujese a su pueblo lo antes posible. El hecho de aplazar el momento intensificaba la angustia.

Únicamente, pensaba en lo que se perdía al marcharse de aquel municipio. Pero sabía que, antes de partir a su auténtico hogar, debía solucionar ciertos asuntos.

Cuando abandonó el instituto, se escondió detrás de dos enormes árboles que había cerca de la entrada. Esperó y esperó hasta que la silueta de Dani causó que asomara medio cuerpo de forma cautelosa.

Ella, normalmente, era de las últimas en acudir al centro educativo. Carla pronunció su nombre en un par de ocasiones.

Dani caminaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Poseía la mirada gacha, como si el torbellino de pensamientos le pesase, hasta que un susurro, que sonó lo bastante fuerte, provocó que se volviera con velocidad, justo en el instante en el que se disponía a atravesar la amplia puerta de la entrada.

Carla le hizo señas desde detrás del árbol. La chica agrandó los ojos cuando reparó en su presencia y corrió hacia donde se encontraba la profesora de Literatura.

—¿Dónde estabas? —musitó como si sospechara que el mismísimo viento podía escucharla. El semblante reflejaba la inquietud que la atormentó durante los días anteriores—. ¿Por qué no dabas señales de vida?

—Te lo contaré todo —le dijo a la vez que sostenía su rostro entre las manos—, esta tarde a las cinco en nuestro sendero.

—Vámonos ahora —susurró Dani mientras aproximaba su boca a la de Carla.

La chica frenó sus intenciones, aunque en el fondo anhelaba abandonarse de nuevo en esos labios tiernos que le hacían perder la noción del espacio y tiempo.

—No es buena idea —dijo con toda la firmeza que fue capaz de aparentar a la vez que miraba de reojo hacia los lados—, Hazme caso.

—¿Se han enterado, verdad? —inquirió Dani con aceptación mientras se distanciaba.

—Esta tarde te lo cuento todo.

Se despidieron de la misma forma en la que un árbol es talado de la tierra a la que pertenece. Se percibían tan unidas que el adiós que se dedicaron sonó forzado y antinatural.

Capítulo 19

El sol descendía por el firmamento. Otro día se ausentaba. El astro principal teñía el entorno con una sugestiva tonalidad ámbar mientras desaparecía.

Dani esperaba en el lugar de siempre, el punto del sendero donde solían encontrarse. Hacía mucho frío e iba bastante abrigada. Como la estudiante se sentía nerviosa, llegó antes de lo acordado. No podía esperar encerrada en su casa, su mente no le permitía centrarse en ninguna tarea. Cada vez que pensaba en la cita con Carla, se preguntaba en bucle qué era lo que la profesora tenía que decirle, y un intenso hormigueo recorría las paredes de su vientre.

Para entretenerse formó la letra «o» con su boca y contempló el dibujo de vahó blanco que expulsaba. *Luna* permanecía cerca de ella, olfateando el terreno que había a su alrededor. Su dueña le tiró unas cuántas piedras, y también una alargada, y fina, rama que había en el suelo. El animal no se cansaba de jugar y se ponía a dos patas cuando Dani se distraía con otras cosas y lo ignoraba.

Carla contempló la escena desde la distancia y sonrió. Había sido la primera sonrisa sincera que exhibía desde que tuvo aquel encuentro con Javi.

Esa mañana, cuando llegó a la casa justo después de salir del centro educativo, se armó de valor y telefoneó a sus padres. Iba a volver a su pueblo y no podía demorar más la noticia. Tenía que comunicarles lo sucedido, aunque lo hiciese de manera superficial. No les contó toda la verdad, quizá más adelante, tendría tiempo para hacerlo. Ambos se mostraron sorprendidos porque creían que su hija se hallaba muy feliz con la decisión que había tomado.

—Ya hablaremos con más tranquilidad, mamá —dijo Carla que pensaba contarles la verdad a sus progenitores—. Llegaré mañana por la tarde a casa.

Habló un rato largo con su madre que se percató del afligido estado de ánimo de su hija. No le hizo ninguna pregunta porque no quería que se sintiera más agobiada. Aceptó lo que Carla le anunciaba sin demasiados comentarios y la chica lo agradeció.

Cuando Dani reparó en la presencia de Carla, detuvo sus juegos con *Luna* y miró, atentamente, como la chica se dirigía hacia ella. Las dos se sonrieron, aunque intuían que algo no iba bien. El instante no fluía con la misma facilidad que en ocasiones anteriores. Como cuando se encerraron en aquella sugerente habitación de hotel y se dejaron llevar, sin reparar en las consecuencias que podían tener sus actos.

En ese momento, algo, una fuerza no perceptible para los sentidos, frenaba sus impulsos naturales.

—Hola —dijo la profesora de Literatura cuando llegó a su altura.

—Hola —dijo Dani.

Se contemplaron un momento en silencio.

—¿Damos un paseo? —sugirió Carla antes de que no pudiesen dominarse más y acabaran besándose.

Se palpaba la atracción en el ambiente y la chica era consciente de que, si no se contenían, la separación sería más dolorosa.

A la vez que caminaban, charlaron unos minutos sobre asuntos rutinarios y *Luna* las siguió, moviendo la cola alegremente.

—Seré directa contigo —dijo cuando llegaron a su destino.

La profesora de Literatura contempló el agua roja un momento. Las siluetas de los árboles se reflejaban en el amplio lago. Del mismo modo que lo hacía el cielo, que aquel día se presentó despejado y con pocas nubes. Un cielo intensamente azulado que casaba con los últimos trazos de color naranja que despedía el sol.

—¿Te apetece que nos sentemos? —preguntó mientras señalaba con la cabeza la plataforma de madera.

Dani asintió en silencio y fue la primera en tomar asiento. *Luna* se escapó detrás de una mariposa cuyas alas eran de color vainilla.

Unos trabajadores habían retirado la nieve que se apoderó del lugar unos días atrás y la madera ya no se encontraba humedecida.

—Me estás asustando —dijo la estudiante y se le escapó una risa nerviosa.

Se colocaron la una frente a la otra con las piernas cruzadas. Carla se lo contó todo desde el principio. Fue absolutamente franca. No titubeó en ningún momento y los ojos de Dani se ensancharon un poco cuando averiguó que Javi lo sabía todo.

—Madre mía —susurró mientras se llevaba una mano a la frente y mostró otra sonrisa nerviosa.

Sus ojos miraban a un lado y a otro, velozmente, como si su cerebro tratase de procesar aquel inconveniente a la par que buscaba una solución rápida y eficaz.

—Y bueno —prosiguió Carla que interrumpió sus cavilaciones—, como es obvio, yo me tengo que ir.

Se produjo un nuevo silencio entre las dos.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Dani con un matiz de resignación en la voz.

—Mañana.

—Yo no quiero que lo hagas —dijo y aquellas palabras le salieron disparadas, directas del corazón.

El tono verde, y luminoso, que cubría los ojos de Dani parecía menos intenso que en ocasiones anteriores. Como si la tristeza que sentía por dentro tuviese el poder de debilitarlo.

—No me queda otra, Dani —comentó y no se sintió con fuerzas para sostenerle la mirada.

Todo era mucho más difícil cuando se miraban porque los ojos también se comunicaban. Los ojos prescindían de las palabras, pero aquello que decían causaba reacciones más intensas. Las palabras pueden disfrazarse con multitud de trajes. Una mirada no engaña, expresa verdad.

—¿Y nosotras?

Carla guardó silencio porque no poseía una respuesta para esa pregunta. La profesora de Literatura miró hacia un lado, pero pudo percibir la mirada inquieta de Dani clavada en ella.

—Yo no quiero que lo nuestro termine —añadió la estudiante con honestidad.

Carla la contempló directamente. Las pupilas de Dani sobre las suyas eran como agujones que removían sus sentimientos más profundos. Los sentimientos que trataba de dominar con todas sus fuerzas.

—Yo tampoco —le reconoció, finalmente.

Ambas se contemplaron durante unos intensos segundos.

El ruido del agua, el canto de las aves, y demás sonidos de la naturaleza, disimulaban el silencio.

Finalmente, no fueron capaces de reprimir el impulso que se apoderó de ambas y se lanzaron para besarse con una pasión desbordante. Ya no sentían el frío. Se desprendieron con rapidez de los guantes y de sus gorros de lana. Únicamente, percibían manos, labios, aromas y cabellos. No podían dejar de besarse.

Dani tomó la iniciativa y tumbó a Carla sobre el envejecido suelo de madera. Se posicionó encima de ella mientras recorría con los labios su cuello. Le desabrochó con soltura el pantalón e introdujo dos dedos por la abertura. Primero, le acarició con sus yemas por encima de la ropa interior y Carla emitió un gemido fuerte. Portaba unas bragas de tela fina y la oleada de flujo la traspasó. Dani notó lo humedecida que se encontraba, y aquello aún la excitó más.

Apartó la ropa interior para acariciarle el rosado clítoris. Primero, con ternura y lentitud. Finalmente, con pasión y velocidad. Carla se deshizo en gritos y Dani contempló cada expresión de placer que su rostro reflejaba. La besó para calmarla y se fundieron en un interminable abrazo.

Carla y Dani permanecían abrazadas sobre una plataforma de madera. Ambas se hallaban un tanto aturcidas por el momento vivido y las complicadas circunstancias que las envolvían.

Sabían que no habían hecho nada malo. Pero unas normas las culpaban de haber cometido un error inevitable: enamorarse.

Capítulo 20

—Si seguimos adelante con nuestra relación... —dijo Carla cuando llegaron al punto del sendero en el cual solían reunirse y, también, separarse.

—Dime... —dijo Dani ante su silencio para animarla a continuar.

—Pues que no quiero esconderme más —declaró la profesora de Literatura al mismo tiempo que se detenía.

Contempló a Dani directamente y la chica le sostuvo la mirada.

Aún no había anochecido. El cielo poseía ese tono azul marino que adquiere antes de que se oscurezca del todo.

—Quiero cogerte de la mano si me apetece —continuó Carla mientras tomaba la mano de Dani y la ponía entre las suyas, transmitiéndole calidez—, quiero besarte delante de la gente y decirles a los míos que eres mi pareja.

—Ojalá fuera tan sencillo... —musitó Dani mientras agachaba la mirada.

Carla la contempló con desconcierto. No comprendió aquella frase. Esperaba que Dani se entusiasmara. Ella siempre se había mostrado dispuesta a sacar adelante su relación y en aquel instante parecía insegura, como si dudase.

—Creía que tú eras la más valiente de las dos —dijo Carla a la vez que le soltaba la mano, distanciándose unos centímetros de ella.

—No me malinterpretes... —se defendió Dani en un hilo de voz y a Carla le pareció que estaba al punto de romperse—, yo quiero estar contigo.

—¿Cuál es el problema, entonces? —preguntó con delicadeza, pues adivinó cual podría ser la respuesta.

—Mi familia —respondió directamente, en un frágil susurro apenas audible, y los ojos se le llenaron de lágrimas—, temo que me rechacen.

Dani no fue capaz de articular la última frase con claridad. La emoción que le invadió resultaba tan aterradora, y descomunal, que se deshizo en múltiples partes.

Carla se aproximó hacia ella, rápidamente, para darle cobijo entre sus brazos. El cuerpo de Dani se agitaba. Las lágrimas descendían por sus dos mejillas rosadas, y los intentos que realizó para detenerlas fueron inútiles.

La chica imaginó que sería capaz de enfrentarse a los suyos cuando llegase la hora. Pero al presentarse el momento, al percibirlo próximo en el tiempo, esa fuerza decayó, amainó. Sintió como si fuese a lanzarse por un empinado precipicio: los golpes y el dolor estaban asegurados.

—No te agobies ahora por eso —le susurró Carla al oído a la vez que acariciaba con ternura su largo cabello.

Carla sintió un latigazo de culpabilidad. No deseaba que Dani se sintiese presionada, obligada a enfrentarse a una situación que temía. Le había dado a entender que únicamente mantendría una relación con ella si la gritaban a los cuatro vientos. Era cierto que no quería continuar viviendo dentro de un caparazón. Anhelaba liberarse, mostrarse conforme era. Pero entendía que Dani tuviera su propio ritmo. Qué la chica necesitase sus tiempos.

—Quiero contárselo a mi familia —dijo cuando recuperó la compostura.

—Lo sé, lo sé... —le susurró Carla para tranquilizarla—, no pienses en eso ahora.

—Necesito decírtelo.

La profesora de Literatura asintió en silencio y escuchó, con atención, lo que Dani tenía que decirle.

—Quiero contárselo a mi familia porque sé que voy a quitarme un peso de encima —confesó con más seguridad en la voz—, pero tengo que encontrar el momento adecuado.

En ese mismo instante, percibieron unos ronquidos fuertes y las dos miraron hacia abajo. *Luna* se había hecho un ovillo a un lado del camino. Ambas rieron ante la escena que le quitaba tensión e importancia a sus complicadas circunstancias.

—Te entiendo, Dani —dijo Carla que retomó el hilo de la conversación. —De todas formas, creo que lo mejor será que nos tomemos un tiempo para pensar.

—¿A qué te refieres? —preguntó la chica con un deje de inquietud en la voz.

—Todo esto ha sucedido muy deprisa —dijo—, necesitamos espacio y tiempo para asimilarlo. Yo ahora me voy a la otra punta del país y resulta muy complicado mantener una relación a distancia.

—Quédate en la ciudad —añadió Dani rápidamente.

—No es tan fácil —le aseguró Carla a la vez que negaba con la cabeza.

—No sé exactamente qué quieres decirme —dijo la estudiante y tanto su rostro como el tono de su voz revelaron la confusión que sentía—. ¿Estás segura de nuestra relación, verdad?

—La cabeza me va a explotar hoy, Dani —respondió Carla mientras se llevaba las manos a los ojos un instante. Su expresión manifestó cierto enfado y temió explotar de un momento a otro—. No puedo pensar con claridad. En estos momentos, no estoy segura de nada.

Los pensamientos de Carla se entremezclaban, confundiéndola, atormentándola. Sabía que quería a Dani. Pero no estaba segura de que su relación fuese sólida porque llevaban muy poco tiempo viéndose.

Era la primera vez que experimentaba algo así, se había dejado llevar y estaba pagando las consecuencias de ello. Resultaba demasiado para su cabeza. Las novedades se habían agolpado en un periodo muy corto de tiempo. Era complicado admitirlas y adaptarse a todas a la vez.

En un instante, quería continuar con su relación y sacarla adelante conforme pudiese, y, al otro, quería darse un tiempo para ver hasta qué punto aquello era verdadero o un acto impulsivo e irracional. Estaba hecha un mar de dudas. Cada vez más, y le resultaba una tarea imposible dilucidar la verdad.

Las dudas eran como la niebla que envuelve el bosque y te impide disfrutar de su belleza.

—Mañana me voy —anunció mientras retomaba la marcha y se alejaba de ella—, eso es lo único que tengo claro.

—No puedes dejarme así.

—¿Y qué hago? —inquirió, volviéndose.

Carla tenía la mirada vidriosa. Una vorágine interior la empujaba a articular gritos de impotencia, pero se contuvo. Se contemplaron en silencio durante unos pocos, e intensos, segundos.

—Dime que lucharás por nosotras como yo estoy dispuesta a hacerlo.

Carla observaba el suelo con resignación. *Luna* se había despertado y se movía de manera nerviosa entre el pequeño espacio que separaba a las dos chicas. Como si el animal captase la palpable tensión y llamase a la paz.

—Necesito tiempo, Dani —manifestó con calma pero con firmeza a la vez—. No quiero vivir eternamente dentro de una jaula.

Aquellas palabras azotaron a Dani que se quedó petrificada en medio del sendero. Fueron palabras hirientes que no concordaban con la atormentada mirada de Carla.

Contemplaba como la figura de la profesora iba desapareciendo en la lejanía. No entendía nada. Hacía apenas un instante, deseaba seguir adelante con su relación y ahora parecía que pensaba de otro modo. «No puedo reprocharle nada », pensó cuando fue consciente de su realidad. De la noche a la mañana, había perdido su trabajo y debía regresar a su antiguo hogar. Había arriesgado mucho por ella. Todo lo que Carla daba por supuesto, antes de conocer a Dani, se había hecho añicos. Era complicado lidiar con tanto cambio, con tanta novedad.

Dani, aunque por dentro se encontraba destrozada, se sentía incapaz de juzgarla y culparla.

Capítulo 21

Carla había regresado a su pueblo de costa. Un lugar completamente opuesto a *Lago Rojo*. La única cosa que los municipios tenían en común era que todo el mundo se conocía. Era prácticamente imposible pasar desapercibido, y hacer algo sin que algún vecino se diese cuenta.

Llevaba casi un mes allí y no había tenido noticias de Dani. Únicamente un mensaje de felicitación en el día de Navidad que ella contestó. Pero ahí se quedó la cosa. La chica estaba respetando el espacio y el tiempo que Carla necesitaba. O quizá no, pensaba Carla. «Quizá lo nuestro no fue tan importante para ella». Aquel pensamiento la acechaba a menudo, pero nunca acabó de creérselo porque Dani la miraba de una forma particular. Como nadie la había mirado antes. Las imperfecciones de su físico y personalidad, que tanto le habían molestado, se difuminaban cuando Dani la contemplaba. Se sentía valorada a su lado.

Recordó que con su antiguo grupo de amigas nunca se sintió cómoda. Realizaba múltiples esfuerzos para ocupar un molde que empezaba a resultarle molesto. Siempre conversaban sobre temas relacionados con el aspecto físico, y Carla se convirtió en una experta en cremas hidratantes, tintes para el pelo y maquillaje. Le otorgó tanta importancia a sus opiniones que decidió no ponerse más una prenda de vestir que le encantaba para no aguantar miradas de desaprobación.

Con Dani se sentía libre, podía ser ella misma. La aceptaba conforme era. No intentaba moldear su aspecto físico ni su manera de ser.

No le había contado nada a su familia de lo acontecido en *Lago Rojo*. Simplemente que no se encontraba bien. Qué sintió que no encajaba en aquel lugar, lo cual era una verdad a medias. Pero en el fondo anhelaba hablarles de Dani, de lo que realmente había ocurrido, y de que deseaba gritarle al mundo que era la mujer de su vida. La mujer con la que quería estar para construir un sendero juntas.

Adelantó los temas de la oposición que tenía atrasados y siguió con el trabajo de correctora de manuscritos. Retomó la sección de Literatura en el programa de radio donde colaboraba porque le entusiasmaba hablar de libros y de las películas que los adaptaban, dándoles vida en la gran pantalla.

Muchas veces se sentía sola. Como no encajaba con sus amigas de toda la vida, nunca aceptaba los planes que le proponían. No las había vuelto a ver desde que regresó ni ganas que tenía. Se hallaba cansada de fingir ser alguien que no era. No sabía cuándo ni cómo retomaría el contacto con Dani, pero no podía demorarlo más. Aquellas semanas le sirvieron para darse cuenta de que la amaba. Qué su vida brillaba más a su lado. Qué su historia era verdadera y el cambio de vida no la había magnificado. Carla pronto tendría que actuar en consecuencia.

Dani paseaba en compañía de *Luna* por el sendero que conducía hacia el lago. En aquel camino compartió con Carla incontables atardeceres. Se sentía culpable por su marcha. Puede que se comportaran de manera imprudente, pero no se arrepentía de lo que había hecho.

En su casa, las cosas estaban tensas desde el segundo día de Navidad. Escogió aquella festividad para confesarle a su madre, la cual fregaba en la cocina, que le gustaban las chicas. La mujer limpiaba con brío sartenes, platos, vasos y cubiertos, y ordenó a Dani que le pasase un trapo seco. Simuló que no la había escuchado. Su hija le pidió que tomara asiento junto a ella y la mujer accedió un tanto confundida. Emitió un gruñido inaudible mientras recorría el corto

camino que separaba el fregadero de la silla.

—No te estoy engañando, mamá —dijo Dani con un deje de frustración en la voz. No le gustaba que su madre se hiciese la despistada. Aquella actitud de indiferencia le aburría y cabreaba a partes iguales—. Esto no es ninguna broma y me gustaría que me aceptarais como soy.

—A tu edad uno no sabe lo que quiere —dijo la mujer que esbozó una sonrisa amplia, y artificial, para quitarle importancia a la situación.

—Sé muy bien a «quien» quiero.

Y puso énfasis en la pronunciación de ese «quien».

El semblante de la mujer cambió drásticamente. Guardó silencio ante la seriedad que desprendía Dani. La expresión que mostraba su hija le impactó porque siempre actuaba de un modo alegre, achispado. La situación la estaba inquietando, la desconcertaba.

—Vamos a ver... —dijo la mujer con convicción, rasgando el rígido silencio que se había formado—, ¿Por qué no pruebas con un hombre antes de afirmar nada?

Dani suspiró lentamente. Estaba conteniendo las intensas emociones que le azotaron cuando su madre formuló aquella ridícula pregunta. No quería estallar, pero sentía que ya era demasiado tarde. Siempre había sido comprensiva con su familia. Sabía que fueron educados en un entorno cerrado, con unos valores puritanos que guiaban sus vidas. Cualquier detalle que los pusiese en duda, desestabilizaba todo lo que daban por supuesto. Pese a todo, Dani estaba harta de tanta estupidez y estrechez de miras. Las palabras teñidas de furia se aglutinaron en su garganta. Esa vez no se las tragaría, no se ahogaría con ellas. Se hallaba dispuesta a dispararlas sin compasión.

—¿Si te hubiese dicho que me gustan los chicos, me hubieses pedido que probara con una mujer antes de afirmarlo? —gritó Dani mientras se ponía de pie.

La mujer pegó un brinco. Su hija se encontraba colérica, fuera de sí. Unas lágrimas de rabia descendían por su tez roja. Una expresión que delataba el huracán que se había creado en su interior.

—Dani, cariño... —musitó y su tono de voz revelaba una mezcla de desconcierto y temor.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó su padre, confundido, el cual había escuchado cada palabra que su hija articuló.

Dani se dio la vuelta rápidamente. Como el hombre se hallaba en medio de la puerta, lo apartó con cierta brusquedad. La familia se quedó perpleja.

—¡Oye! —exclamó su padre de manera autoritaria ante la actitud violenta de su hija.

Dani echó a correr y *Luna* siguió fielmente a su dueña, asemejando un ángel guardián y protector. Corrieron y corrieron sin meta fija. La velocidad provocaba que no se percatase de lo que acontecía a su alrededor. El viento helado sobre su rostro la anestesiaba y apenas notaba el dolor.

Capítulo 22

—¿Diga?

Justo cuando Carla abandonaba la estancia donde se grababa el programa de radio, puso su móvil en sonido y este empezó a sonar, de inmediato, insistentemente. No conocía el número de teléfono que se ponía en contacto con ella. Apretó el botón verde con algo de dificultad, pues tenía las manos ocupadas. Cargaba con una carpeta repleta de recomendaciones literarias y con un pequeño bolso de mano.

—¿Carla?

Una voz de hombre se escuchó al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —respondió a la vez que cruzaba la puerta de salida.

Mientras la chica realizaba malabares para mantener el teléfono móvil pegado a su oreja, se dirigió al paseo marítimo y tomó asiento en uno de los tantos bancos de piedra blanca que lo adornaban. Dejó sus pertenencias a un lado para poder charlar de manera más desahogada.

—Soy Luis, el amigo de Dani.

Carla tragó saliva y se cruzó de piernas de forma nerviosa, automática. Su corazón dio un brinco. El órgano parecía un caballo desbocado, latía de manera descontrolada.

—Sí, Dani me ha hablado mucho de ti —logró articular a la vez que intentaba disimular su desconcierto.

—Ella no sabe que te he llamado —dijo como si aquello fuese «algo» relevante que Carla debía saber—, pero sentía que era mi obligación.

—¿Y eso por qué? —inquirió y se percató de que su voz poseía un matiz de alarma—, ¿no le habrá ocurrido nada a Dani, verdad?

Decenas de imágenes catastróficas se agolparon en la imaginación de Carla. No sé si el instinto de supervivencia tenía algo que ver, pero la mente siempre se ponía en la más horrible de las situaciones.

—No, tranquila.

El chico emitió una risa cercana para suavizar la situación.

—No le ha ocurrido nada —continuó con prudencia—, pero les ha contado a sus padres la verdad y no lo está pasando muy bien que digamos.

Carla, que se había incorporado un instante para ajustarse el pantalón, cayó de forma brusca sobre la superficie fría de piedra. Se quedó petrificada como una estatua en un museo. La boca la tenía entornada, pero no sabía qué decir. Los pensamientos transitaban a una velocidad abismal por su mente. Resultaba imposible ordenarlos. «Dani le había contado a su familia la verdad». Aquel fue el único pensamiento coherente que logró dilucidar.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí —contestó de forma precipitada—, disculpa, esto es lo último que me esperaba.

La voz de Luis la devolvió a la realidad.

—Ella hace muy poco que me contó lo vuestro. Necesitaba desahogarse con alguien —continuó el chico—, pero no se atreve a decirte nada porque teme agobiarte.

La profesora de Literatura notó unas ganas incontrolables de llorar, pero se llevó una mano a la boca para que le ayudase en su cometido. Tenía que ser capaz de contener sus lágrimas.

—Lo siento —prosiguió ante el silencio de Carla—, siento de veras si te he molestado, pero

sentía que debía decírtelo. Nunca antes había visto a Dani de esa forma. Parece sincero su sentimiento y creí que si yo no actuaba lo vuestro podía finalizar de forma injusta.

«Injusta y antinatural», pensó Carla.

—Yo... no esperaba algo así, la verdad —repitió en un hilo tembloroso de voz.

En aquel instante, Marcos hizo acto de presencia. Iba vestido con ropa deportiva y unos enormes cascos cubrían sus orejas. Caminaba con paso apresurado por el paseo marítimo cuando reparó en la presencia de Carla, que le pareció bastante apesadumbrada.

El chico se detuvo en seco y se dirigió prudentemente hacia donde se hallaba la chica.

—¿Carla?

Ella levantó la vista. Aún estaba hablando con Luis y le hizo un gesto a Marcos con la mano para que esperara un momento.

—¿Puedo llamarte luego, Luis? —preguntó con toda la entereza que fue capaz de demostrar —, ahora no es un buen momento.

—Claro, sin problema.

Colgó y se levantó para tenderle un par de besos a Marcos.

—Espero no haber interrumpido nada importante —dijo el chico a modo de disculpa.

—No, para nada —contestó Carla que mostraba una sonrisa impuesta, pero no podía disimular su mirada triste—, me encanta verte.

—Me ha parecido que estabas agobiada y por eso me he acercado.

—Te lo agradezco, de verdad.

Caminaron tranquilamente el uno al lado del otro. El mar rugía con fuerza y las olas se estrellaban contra las rocas, erosionándolas. Se hallaba tan alborotado que la superficie del agua permanecía colmada de espuma blanca.

—Marcos —dijo Carla—, te debo una explicación.

Continuaban con la marcha y el chico la contempló directamente.

—¿Puede ser sincera contigo? —preguntó.

—Debes serlo.

Carla sintió la imperiosa necesidad de contarle a alguien lo que sentía por Dani, y Marcos era lo más parecido que tenía a un amigo de verdad.

Para su sorpresa, el chico no se inmutó. Guardó silencio y escuchó cada palabra de su testimonio con paciencia, y sin juicios. Justo lo que Carla necesitaba.

—Esto no me sorprende, Carla —dijo Marcos cuando la profesora finalizó—, son cosas que pasan y que se escapan a nuestro control. Yo sabía que no estabas enamorada de mí.

Sus palabras no sonaron como un reproche. Marcos sintió una especie de alivio interior porque el relato, de la que ahora era su amiga, resultaba una confirmación a las sospechas que lo habían acechado durante mucho tiempo.

—No tenía ni idea de que te habías enamorado de otra mujer —continuó—, pero, aunque a veces me engañase a mí mismo, era consciente de que no sentías por mí lo que yo por ti.

—Marcos... —susurró con un deje en la voz que reflejaba la culpabilidad que todavía sentía.

—Déjemoslo estar —añadió con firmeza, a la vez que se detenía, sin dejarla terminar la frase.

Carla no supo qué decir. No estaba segura de cómo le había sentado aquello a Marcos. No deseaba perderlo, anhelaba conservarlo como amigo. Lo que en realidad siempre habían sido.

—Me alegro de que hayas compartido esto conmigo —dijo el chico justo antes de despedirse y le acarició la mejilla con cariño y comprensión.

A pesar de que los dedos de Marcos se encontraban fríos por las bajas temperaturas, el contacto fue para la chica como un bálsamo cálido que la tranquilizó al instante.

Carla sonrió, aliviada y contenta al mismo tiempo, mientras lo contemplaba marchar.

Su mente se serenó durante unos minutos hasta que un destello luminoso le indicó lo que debía hacer.

Capítulo 23

Carla se dirigía, con paso tranquilo pero seguro, a la estancia en la cual se grababa el programa de radio. Subió los peldaños sin titubeos ni acelerones. Derrochaba confianza en sí misma. Lucía un aspecto radiante y cada movimiento de su cuerpo lo ejecutaba con certeza.

Se adentró en la pequeña habitación sigilosamente, como si fuese un astuto felino en busca de comida, y tomó asiento unos pocos minutos antes de que empezase la sección de literatura en la que colaboraba.

—Hoy tenemos nuevamente con nosotros a nuestra Carla —dijo el presentador del programa—, esta joven promesa del mundo de la cultura que siempre nos descubre interesantes historias. Relatos que esconden amores imposibles, deseos prohibidos y relaciones peligrosas.

La voz de Jaime, el locutor, se hallaba limpia como un arroyo. Permanecía libre de imperfecciones que dificultasen la comunicación. Era un hombre que rondaba los setenta años y cumplió su sueño de convertirse en presentador de radio cuando le llegó la jubilación.

—Antes de empezar con la sección, me gustaría hablaros de algo que he vivido hace poco —dijo Carla con calma aparente mientras acercaba su boca al micrófono—, y con lo que he aprendido mucho.

Sonó una melodía suave y poética que acompañaba sus palabras. Siempre le ponían esa clase de música cuando intervenía porque encajaba con su voz dulce y sus recomendaciones literarias.

Había dos colaboradores más sentados en torno a la mesa. Un hombre y una mujer de mediana edad que captaron una diferencia en la actitud de Carla. Una firmeza que ambos desconocían que tuviese aquella chica tímida y prudente que hablaba de libros con pasión.

—Adelante, Carla —le animó Jaime—, esta es tu casa. No nos dejes con la intriga.

La joven tragó saliva con dificultad, pero aquello no le impidió continuar con su cometido.

—En los últimos meses, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados —dijo Carla con fuerza en la voz, aunque notaba los palpitos del corazón que presionaban su pecho y cuello—. He conocido a alguien que ha cambiado la forma en que yo veía el mundo. Ha derribado las convenciones sociales que desde pequeña interioricé, y que durante muchos años me convencieron de que existía un único camino. —Carla hizo una pausa para inhalar aire y, después de alentarse con el pensamiento, prosiguió—. Con esta persona puedo mostrarme tal y como soy, y me ha dado fuerza para ser, sencillamente, yo misma. Esto es algo fácil de decir, pero muy complicado de llevar a cabo en el mundo real.

El locutor, y el resto de trabajadores, escuchaban las palabras de Carla con curiosidad, respetando su tiempo en silencio. Y es que cuando lo que decimos sale directamente del alma se transmite, se crea un ambiente mágico capaz de hipnotizar al ser humano más realista y escéptico.

—Si tomas la decisión de ser tu misma, sin máscaras ni disfraces ni ningún tipo de maquillaje que disimule tus defectos exteriores e interiores —continuó la joven—, cuando decides mostrarte sin filtros es muy probable que te elogien, pero también cabe la posibilidad de que te critiquen e intenten censurarte.

Carla cogió el vaso de agua que reposaba sobre la mesa y dio un trago breve que alivió la sequedad de su garganta.

—Lo curioso —prosiguió todavía con más ímpetu—, es que cuando una persona decide cohibirse y no ser ella misma también se expone a la crítica.

Hizo nuevamente una pausa porque intentaba ordenar las palabras en su mente. Aquel discurso lo había ensayado una y mil veces frente al espejo. Tenía una hoja sobre la mesa que le servía de guía, pero también estaba abierta a la improvisación y a dejarse llevar por el momento. Pese a eso, se esforzaba en transmitir el mensaje con claridad y cualquier duda que se cruzase por su cabeza sería ignorada sin más.

—Por lo tanto, he tomado la decisión de recorrer mi sendero con libertad. La vida es demasiado breve y yo no quiero esconderme más. No quiero guardarme un te quiero ni reprimir un beso, un abrazo o una caricia. Deseo sostener de la mano a la persona que amo hasta que las críticas, los susurros y las miradas ajenas se conviertan en una música lejana que aprenderemos a bailar.

Todos los allí presentes se contemplaban con curiosidad. Algunos se dedicaban miradas y sonrisas cómplices y otros no podían apartar los ojos de Carla. A la joven no le importaba que los oyentes, cientos de oídos desconocidos, pudiesen verle el alma a través de sus palabras. Ya no.

—Y hablando de valentía y de valientes—prosiguió y, por una milésima de segundo, pareció que la voz se le quebraba—, esa persona de la que me he enamorado, y que me ha permitido ser yo misma, ha tenido el valor de gritarle al mundo lo que siente por mí.

Se produjo un silencio largo, tenso, desconcertante. El mismo silencio que se origina al final de una película de suspense, cuando va a revelarse por fin el misterio.

—Su nombre es Daniela —confesó a la vez que su mirada se tornaba vidriosa y el tono de voz decrecía. El pecho descendió como si se hubiese desecho de una carga muy pesada que habitaba en su interior—. Y a ti, Dani, te digo que puede que lo nuestro no fuese amor a primera vista, pero sí que lo fue a primera frase. Conecté contigo al instante en aquella oscura y apartada parada de autobús. Comprobé que con tu sola presencia mi ánimo se enciende, y me otorgas una paz que nunca jamás pensé que experimentaría.

Una vez hubo finalizado aquella breve declaración de amor, miró a sus compañeros y aproximó su boca al micrófono de nuevo. Todo lo que había relatado le ahogó durante días, semanas y meses. Notó como aquel nudo que la presionaba con fuerza se desenredaba para liberarla.

—Ahora ya sabéis un poco más de mí —dijo, esbozando una sonrisa con la que concluía su intervención.

Carla finalizó sus palabras. Nadie fue capaz de decir nada durante unos segundos. Un hombre del equipo que lo había escuchado todo desde detrás del cristal se enjugó disimuladamente las lágrimas que brotaron de sus ojos.

En ese preciso instante, en el que parecía que el mundo se había detenido, Dani se encontraba tumbada sobre su cama. Había recibido un mensaje de su amigo Luis, unos minutos atrás, que le pedía que pusiese una emisora de radio local que desconocía. No esperaba nada especial. Quizá una canción que su amigo quería que escuchara. Se quedó atónita cuando oyó a Carla, su corazón dio un brinco, y más aún cuando transmitió aquel mensaje. Su cuerpo temblaba levemente y tenía un nudo en la garganta que, antes o después, se aflojaría para transformarse en lágrimas saladas.

Final

Era sábado por la mañana y la estación de tren se hallaba muy concurrida. Se trataba de un lugar que se encontraba en las afueras de una ciudad. Una ciudad que quedaba entre el norte y el sur de la península.

Una gran multitud esperaba en el andén. Una mujer, que empezaba las vacaciones, escuchaba música, apoyada en un amplio pilar. La mayoría contemplaba cabizbaja su teléfono móvil. Había gente que conversaba en pequeños grupos. En la lejanía se percibía a una pareja besándose. También tropezabas con amigos adolescentes que murmuraban y reían a la vez que señalaban la pantalla de su adictivo aparato electrónico. En un rincón, se resguardaba un anciano que se apoyaba sobre su bastón. No portaba equipaje. Seguramente acudía para darle la bienvenida a algún familiar. Un hijo o un nieto quizá. Múltiples historias acontecían a la vez en aquellas instalaciones. Muros que permanecían repletos de recuerdos sobre despedidas y bienvenidas.

Aquel día de fin de semana, en el ambiente se respiraba una emoción generalizada de alegría. El tren de Carla llegó hacía media hora y la chica tomaba media tostada con queso fresco y un zumo de piña en el bar que había dentro de la estación, más concretamente en la primera planta. Cuando finalizó su almuerzo, miró el reloj de pared. Daniela estaba al punto de llegar. Llevaban meses viéndose, en multitud de lugares, cuando podían. Se prometieron que un día a la semana lo reservarían para ellas dos. Veinticuatro horas en las que ni el tiempo ni el espacio ni ninguna ley física dominaba sus vidas. Una vez al mes, las veinticuatro horas se transformaban en cuarenta y ocho. A veces, lograban estirarlas hasta el número setenta y dos si coincidía algún día festivo. Todo fluía, todo simulaba magia.

Sus respectivas familias estaban al tanto de su relación. El entorno de Carla no se opuso. Se limitaron a aceptar el amor que surgió entre ellas. Los padres de Dani no deseaban perder a su única hija y no tuvieron más remedio que admitir la novedosa situación. No eran capaces de comprenderla del todo, guardaban esperanzas de que con la madurez se le pasase, pero mientras tanto no decían nada, no se inmiscuían en su vida. No querían verla como aquel día en el que les confesó que le gustaban las mujeres. Dani nunca se había mostrado tan alterada y desapareció de casa más de una semana. Buscó refugio en los brazos de su amigo Luis.

Pero lo que les importaba en esos instantes de su vida, era construir un futuro de la mano, juntas. De momento, debían conformarse con aquel momento semanal. Como si de una estrella fugaz se tratase. Un parpadeo que mantenían en la memoria durante los días siguientes, y que les servía como aliciente para hacer frente a la semana.

Carla descendió las escaleras. El tren en el que viajaba Daniela había estacionado. Vio como la chica salía por una de las tantas oberturas. Se dirigió hacia ella, hechizada, como guiada por una fuerza exterior que no controlaba. Levantó la mano para que Dani la viese y cuando la estudiante se percató sonrió con amplitud.

Ambas esquivaban a la multitud para encontrarse de nuevo. La gente simulaba los obstáculos que habían tenido que superar para llegar hasta ese punto.

Cuando se hallaron la una frente a la otra se besaron y abrazaron intensamente.

La vida seguía rodando entorno a ellas, pero, en ese fascinante instante, no eran capaces de darse cuenta.